
UNIVERSO BORG
EL MISTERIO
DE LA
TEMPOHISTORIA
ALDA & ABBOT

EL MISTERIO DE LA TEMPOHISTORIA

Miguel Alda y Anaïs Abbot

2023


UNIVERSO BORG

Dedicado al tiempo,
al mío, como escritor,
al tuyo, como lector,
para que juntos
ganemos.
Miguel Alda

1
Nota de la editorial

Durante diez años se forjó la base de datos documental que daría lugar al ensayo de ficción *La Historia Invisible*, y a esta novela, *Tempohistoriadores*. De la cual, se publica hoy este primer volumen de relatos, para que los fans de Universo Borg puedan ir abriendo el apetito de lo que será una de las historias más fascinantes del siglo XXI, y que contribuirá al despertar de consciencia y capacidades ocultas de la humanidad, ya que durante diez mil años *La estructura faraónica* ha invertido todo su poder y toda su riqueza para impedir que lo que aquí se cuenta se sepa, dificultando el ascenso espiritual de la humanidad y retrasando en todo lo posible la llegada de una civilización utópica en base a amor.

El lector encontrará también en este volumen algunos micro relatos de *Fantasías Mínimas*[1] relacionados con

[1]Puedes encontrar este libro de micro relatos en Amazon.

esta trama, la mayoría de ellos escritos en los años 2007 y 2008, cuando *Tempohistoriadores* era tan solo una idea que pululaba en las conversaciones que tenían lugar en Isis[2]. Algunos relatos han experimentado modificaciones para integrarlos en el nuevo marco de ficción.



[2] *Isis: Fake News, conversaciones y poesía pop*. Publicado en Amazon.

2
Prefacio

Esta es la verdad sobre
la historia de la humanidad
que
el poder político
usurpó
que
el poder religioso
ocultó
y
que
el poder científico
racionalizó y compartimentó
Ahora
la tecnología del corazón
y su creación más preciada
los viajes en el tiempo
nos descubrirá

toda la verdad
y esta verdad dejará
a la toda la aldea global
con la boca en forma de A
A de ...
M
A
G
I
A

El planeta TESLA (s. 24 d.c.)

3
Sin esferas de adorno

DICKENS, chimenea y sofá.

El árbol, sin esferas de adorno, por supuesto.

Un Belén, no se muy bien por qué, pero me gusta.

Una copa de brandy, ancha, vacía; la botella de cristal vidriado de anís; la de cava en su cubitera, y varias más, de extraños licores, sobre la mesa.

Dulces típicos, olorosos, en manteles de hojas verdes y frutos rojos.

Panderetas, villancicos, voces dulces de niños cantándolos.

Luces no estridentes, intermitentes, en la ventana y escarcha en sus cristales.

Y en la ventana...

En la ventana, la hermosa, brillante, blanca y helada

esfera de mi planeta: La Tierra.[1]

Feliz Navidad y Próspero 2207.



[1]Relato escrito en el 2007 e incluido en Fantasías Mínimas, aunque con modificaciones.

4
Noticias

Y ASÍ DESPEDIMOS nuestra emisión de informativos para la Galaxia. Desde el tercer planeta del sistema solar, nuestro querido Planeta Tesla, muy buenas noches y felices sueños[1].

[1]Relato escrito en el 2007 e incluido en Fantasías Mínimas, aunque con modificaciones.

5
Profetas de la tierra prometida revividos

ZOROASTRO: Yo decía *digo*, pero ellos entendían *diego*.

ABRAHAM: No me supe explicar.

JUAN BAUTISTA: Yo tampoco.

MAHOMA: Quizás fue un problema de semántica.

JUAN BAUTISTA: *Lo único que necesitas es amor* no da mucho lugar a ambigüedades...

BUDA: Un mundo sin dinero...

MAHOMA: ...y sin interés...

DAVID: Parece que ahí tampoco hay mucho que interpretar.

ABRAHAM: Pues algo no hicimos bien.

NIETZSCHE: Fue por la moral del esclavo.

MARX: Con «abolición del dinero» habría bastado.

BUDA: Es que no es el dinero, es el corazón.

SALOMÓN: Hicimos lo que pudimos, y bastante[1].

LAO TSÉ: Todo lo que sucede, conviene.



[1]En *Fantasías Mínimas*, se llamaba *Reunión de profetas*.

6
El software de la muerte

No hay nada que poder hacer ya. Estoy aquí con mi desnudo cerebro como billete de entrada. Nada que poder esconder, nada que poder ocultar.

Ni siquiera sé bien si ya he muerto o no...
pero si estoy aquí...
poco me queda.
Ahora me evaluarán,
en este instante eterno,
pesarán mi corazón,
para ver si es puro,
y así conseguir esperar aquí a la eternidad.
Seré aceptado si aporto algo...
por mínimo que sea.
Y si no vulnero nada,
por mínimo que sea.

Será tan subjetiva una decisión tomada por tantas opi-

niones que el resultado me parece un enigma. No es precisamente en nuestros míseros pecados en lo que se van a fijar aquí. Lo noto, se me está dando entrada. El antivirus biológico me ha comprobado , y en la internet de la vida, mi información aporta y no vulnera el sistema. Se han creado los parámetros de mi realidad, y ahora soy libre y eterno. ¡La copia de mi mente ha sido un éxito! Y mi muerte biológica, algo sin importancia[1].

[1] Juicio final en *Fantasías Mínimas*

7
El día del juicio final para Hitler, *el mandao*

Esto fue lo que nos dijo cuando fuimos a verle en una ocasión. *Pero si yo, ¿yo? Yo solo soy un mandao, como este, el otro de Italia y el maroto de Rusia, la cara externa... Yo, al igual que ellos, y ellos, al igual que yo, solo éramos marionetas que servíamos para cohesionar.*

Siglo XXIII d.c.: TempoHistoriadores

8
Una rosa y un libro

Amanece. Podría ser un día más, pero no. Hoy es un día grande para la historia de París y, cómo no, también para la historia de la humanidad. Porque hoy, por fin, la torre Eiffel, después de siglos construida, experimentará en sus propios hierros, el verdadero propósito para la que fue hecha. Función desconocida y secreta para todos, incluso para el que la ideó, el bueno de Gustave Eiffel.

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAhhhhhh!

Una joven, de origen asiático, llamada Jian Jun, emerge al siglo XXI, no sin cierta angustia.

A pesar de todo, le bastan tan solo unos segundos para reconocer el lugar donde se encuentra. Ante sus ojos, se erige, orgullosa, la cruz de cristal de la torre de La Sagrada Familia. Debajo, a 162 metros de altura, la visión de Barcelona abruma.

—Estoy preparada, he entrenado mucho para este mo-

mento —se tranquiliza mentalmente—, vamos allá.

Su traje adiposo se pega al exorno y comienza el descenso. Abajo, una masa informe de turistas se arremolina en la entrada.

—Vaya por dios, el día de la inauguración tenía que ser. Debo ser más cautelosa que nunca y pasar inadvertida. Afortunadamente, todas las vídeo-cámaras están apuntando a un grupo de personas que han sido votadas por la democracia electrónica para realizar los actos de apertura. A estas alturas, la clase política ya ha desaparecido de la faz de la tierra. Y, sin embargo, dentro del gentío, un individuo desvía con disimulo sus prismáticos hacia la torre, como si supiera que Jian Jun está a punto de aparecer. Por suerte, ella ya se ha escurrido por un pináculo y colado por unas escaleras en el interior de la torre.

Dentro, aforo completo, 9000 personas. No cabe ni un alfiler. Muchos de ellos miran hacia arriba, admirando cómo las bóvedas caen hacia abajo como las ligeras ramas de un sauce llorón. Al pasar por el cuadrado mágico, Jian Jun se hace visible para todos, aunque nadie se percate especialmente de su presencia.

La joven se queda un rato admirando el cuadrado de 16 casillas, con un número asignado a cada una de ellas y de cuya suma resulta la edad de Cristo: 33, el número

más alto de la masonería y el sello del temple, también presente en las iglesias de Etiopía.

Todo el monumento es un camino de iniciación hacia un alma en equilibrio, se dice Jian Jun contemplando la escultura de San Jordi. ¡Qué curioso, igualita que la del monasterio de Montserrat! Desde luego, este Gaudí no daba puntada sin hilo.

Después, sale de la catedral e inmediatamente llama la atención del falso turista de los prismáticos, que comienza a seguirla. Ambos, llegan en bicicleta eléctrica al Hotel Palace, el antiguo hotel Ritz de Barcelona, recientemente remodelado para recrear la decoración de sus años más memorables, cuando acogía entre sus paredes a Salvador Dalí, a Freddy Mercury, y cómo no, a Himler, el motivo por el que ella ha viajado hasta aquí.

Sí, Himler, uno de los artífices de la solución final, y un detractor del espectáculo de los toros, del que salió descompuesto, por su crueldad, según sus palabras, durante su visita a España. Y, precisamente, fue durante esta visita donde le robaron algo muy muy muy importante en una habitación de este hotel, algo que Jian Jun estaba dispuesta a recuperar a toda costa.

—Una habitación en el último piso, por favor.

De la suite de Josephine Baker, que rememora la elegan-

cia y la belleza de la bailarina, a disfrutar de los placeres del hotel. Restaurante L'Arrós en la azotea donde deleitarse con un picnic del Ampurdá bajo el cielo de Barcelona. Después, Encanto, de Disney en las tumbonas del cine del hotel y, ya entrada la noche, un magnífico combinado en el Bluesman cocktail bar del hotel.

Todo parecía ir como la seda hasta que… ese hombre se le acerca en la barra del bar para hablarle como quien no quiere la cosa.

—Si me permite la indiscreción, me gustaría aconsejarle un cava más seco, combina mejor con ese vino Pedro Ximénez si es que pretende servirse un Cava Cocktail. ¿Tiene usted edad para beber? La veo extremadamente joven.

Jian Jun sonríe fingiendo que agradece una galantería que ya le parece muy pasada de moda y, para que la cosa no vaya a más, corta en seco el tema de la edad y pone el foco en él:

—¿Por qué cree que es mejor usar un cava seco para un Cava Jerez?

—El contraste de sabores queda mucho más enérgico al añadir el zumo de naranja natural, señorita…

—Jia Jun. Me gusta el dulce, señor…

—Alojz Kusanovic, profesor Alojz Kusanovic.

—¿Profesor dice?

—Sí, de Historia contemporánea.

—Pues se encuentra en un templo de historia contemporánea, el hotel Palace ha cumplido más de cien años.

—Lo sé. Forma parte del motivo por el cual estoy aquí. ¿Sabía que el hotel Palace era antes el hotel Ritz?

—Sí, lo sabía; ha sido todo un gran anfitrión durante un siglo de ilustres huéspedes.

—Y no tan ilustres…

—¿A quiénes se refiere, profesor?

—Permítame, antes de responderle, que le pida disculpas por la el comentario, quizás trasnochado, sobre su edad. Pero lo cierto es que las personas de origen oriental siempre parecen más jóvenes, ¿de dónde es exactamente si no es molestia la pregunta? —De China. Aunque para usted, quizás siempre lo pensó así; podría haberle dicho Vietnam y usted pensar igualmente que soy China.

El profesor se quedó pensativo y tras un breve instante de reflexión concluyó:

—Es cierto que luchamos día a día contra el racismo de antes de la revolución, y sin embargo, aún nos quedan

rémoras.

—No se preocupe, no tiene importancia. Cuénteme lo de esos personajes no tan ilustres.

—Pues por ejemplo Joan March y Himmler.

—¿Joan March?

—Le puedo asegurar que desde que comencé mis estudios en Croacia, la figura de Joan March distaba mucho de la de empresario modelo que se tenía de él antes de la abolición del dinero. Es más, para serle sincero, claro y directo, no era más que un vulgar contrabandista, un traficante sin más. Eso sí, con poder para influir en los gobiernos de España y hostigar el levantamiento que llevó a este país a una sangrienta guerra civil.

El profesor guarda silencio un instante. Por un momento, Jian Jun piensa que se va a dormir, pero no.

—¿Sabía que fue Juan March quien le robó la maleta a Himmler?

Perro viejo, el profesor tantea a Jian Jun. En seguida, un pinchazo en el estómago advierte a la joven de que este tipo con el que está hablando es peligroso.

—No sé más que lo que viene en los nuevos libros de Historia. Que Juan March roba la maleta para la inteligencia británica, pero que los nazis se la vuelven a robar a March,

que pretendía hacer un doble juego, y al final, acaba medio muerto, medio vivo, por una bala nazi, flotando en el mar, y la maleta, en un submarino nazi camino de Alemania.

—Sí, eso es lo que se dice, señorita, pero los resultados de mi investigación me sugieren otra cosa. Joan March consiguió la maleta para la inteligencia británica, pero creó un contenido falso para la maleta y esa maleta, la del el contenido falso, fue la que se llevaron los nazis. El contenido verdadero es muy probable que nunca saliera de aquí, del Ritz. ¿Sabía usted que en este lugar donde nos encontramos, aquí mismo, se encontraba la carbonería? Buen lugar para ocultar la famosa maleta, ¿no cree?

—No tenía ni idea. ¿Y qué me dice de la aversión de Himler a los toros? En realidad, yo creo que pensaba que se había pervertido el antiguo ritual grecorromano. No es por disculparle. . . —continúa con un discurso intrascendental, un poco contradictorio, para captar toda la atención del supuesto profesor mientras espera que tanto él como el barman se duerman. Ninguno de los dos ha notado el somnífero. Son muchos años de entrenamiento, dice para sí, cuando por fin, los ve dormiditos como niños.

Jian Jun cierra las puertas. Por fin ha llegado el tan esperado momento. Sabe perfectamente donde dirigirse: a la única pared que aún se conserva de ese tiempo, cuando

era, en efecto, como dijo el profesor, una carbonería.

Con una cucharilla larga de hacer cocktails ausculta, con golpecitos, la pared. Después, escarba con la misma cucharilla y extrae un ladrillo. Dentro, un hueco; y dentro de él, una caja de plomo cubierta de una densa capa de polvo. Otra vez, ladrillo para adentro. Con la caja en la mano, se despide de la compañía:

—Dulces sueños.

Sin pasar por la habitación, sale del hotel. Luego, al tren, y de ahí, al tren cremallera. No hay tiempo que perder. Puede que más personas le puedan estar siguiendo. Finalmente, amanece en el glorioso monasterio de Montserrat. El rocío de la mañana le refresca la piel del rostro. Las campanas suenan y a Jian Jun el corazón se le recoge y siente ganas de abrazar la montaña.

No es necesario que abra la caja, puesto que ya sabe lo que hay en ella: un mapa. Pero ahora que estaba allí, era momento de mirarlo bien. Decepcionada, vuelve a meterlo en su lugar. Al mapa le falta un punto de origen identificable. Solo muestra grutas y pasadizos entre el monasterio y la montaña.

Buscando inspiración, Jian Jun hace cola, y por fin, logra entrar y mirar de tú a tú a la Moreneta. Movida por una fuerte intuición, posa sus dos manos en cada una

de las piñas laterales, y dice con tono musical: ábrete. Inmediatamente, sin saber por qué, tiene la sensación de que en algún punto del complejo arquitectónico algo se ha abierto.

Pase de investigación, Universidad de Beijing es lo que pone en una tarjeta que acaba de colgarse ahora, con el nuevo atuendo, después de una breve visita al servicio. Desgraciadamente, este nuevo personaje la ha vuelto visible a uno de los secuaces del profesor, que ha comenzado a seguirla.

La tarjetita colgada del cuello le abre las zonas reservadas del convento. No pasa lo mismo con su perseguidor, que en seguida es expulsado de las zonas prohibidas para los turistas. Jian Jun aprovecha el revuelo para entrar en la biblioteca.

—¿Puedo ayudarla señorita? Mi nombre es padre Pío y se podría decir que vivo aquí, en esta biblioteca.

—Encantada, padre, me llamo Jia Jun, de la universidad de Beijing. Con motivo de la inauguración de La Sagrada Familia estoy realizando un trabajo de investigación sobre Antoni Gaudí y los aportes de la biblioteca de Montserrat a sus conceptos de arquitectura sacra naturalista.

—Mire, jovencita, sé perfectamente que todos los investigadores, en el fondo, lo que intentáis siempre es descubrir

en la bibliografía la localización del santo grial o del tesoro cátaro.

Jia Jun decide utilizar la misma técnica que usó con el profesor y comienza a tantear al padre Pío para ver cuánto sabe.

—Tal vez, padre, no exista mucha diferencia entre buscar una cosa y la otra. Al menos, eso opinaba Otto Rahn.

—Otto Rahn intentó aprovecharse de los nazis y Himmler le pasó por encima como una apisonadora, hija.

—Sí, pero esa apisonadora le hacía caso, padre, si no a qué su incursión en Montserrat.

—Hitler dejaba a Himmler realizar todas sus patochadas. Esta era una más.

—No lo creo, padre, Himmler tenía una información que le fue requisada. . .

Jia Jun deja en suspenso la frase sin terminar y observa que el anciano, aún guardando las formas, oculta cierta impaciencia en su deseo de que termine la frase.

—...y cuya procedencia es el resultado de los estudios de Otto Rahn, los cuales completó en sus expediciones arqueológicas al castillo de Montsegur, el último refugio de la mal llamada herejía cátara. Un mapa.

El padre Pío no puede ocultar lo incómoda que le está resultando la conversación.

—Soy ya muy mayor, hija, no intentes engatusarme para que te revele cosas que pertenecen a Dios y no a los hombres. Ese mapa, sea lo que sea lo que indique, hace tiempo que ya no está aquí. Ese cáliz se encuentra bajo custodia en la catedral de Valencia.

—No me refiero al cáliz, padre Pío, sino a la piedra que se encontraba engarzada en ese cáliz: la piedra de la resurrección, la piedra de la vida eterna.

El padre, gruñendo para sí mismo, hace el amago de darse media vuelta y marcharse, pero interrumpe su movimiento y se vuelve a girar hacia ella.

—Creo que no sabes con lo que estás tratando. Te ruego que abandones su búsqueda.

—Padre Pío, debe permanecer tranquilo. Sé que Antoni Gaudí recibió el cometido de custodiar la piedra de la inmortalidad y para ello, se esforzó en erigir antes que nada la cripta, el ábside y la fachada del nacimiento en la Sagrada Familia. La fachada del nacimiento... qué mejor sitio que este para ocultar la piedra de la resurrección y la inmortalidad. Pero tranquilo, padre, ya ve que sé donde está y mi cometido es que allí permanezca oculta. No es de mi interés, padre; en realidad, busco otra cosa.

Y tras decir esto, Jia Jun despliega un mapa sobre la mesa. El padre Pío no da crédito a lo que está viendo.

—¡Es el mapa de Otto Rahn! ¡El que se encontraba en la maleta de Himmler! ¿Cómo es posible que lo hayas encontrado?

El padre Pío lo toca incrédulo pensando que no es real. Finalmente, ya convencido, pregunta:

—¿Cómo? —se queda pensando intentando encontrar la respuesta por sí mismo— ¿Acaso eres… perteneces a La orden invisible?

Jia Jun no responde y el padre comienza a recitar alabanzas a Dios Padre agradecido porque al final de su vida se le revelen tantas certezas.

—Vea, padre, en el mapa, aparece la biblioteca, pero a su lado aparece otro lugar denominado gran biblioteca.

—Santísima Madre María de Monserrat, llevo toda la vida buscando ese lugar. ¿A ver ese mapa, hija mía?

Jia Jun voltea sobre la mesa el mapa en dirección al padre Pío para que este lo pueda ver.

—No entiendo —se explica el padre Pío—, al parecer esta gran biblioteca se encuentra por el oeste, pero la entrada viene marcada por el este, y en el este, lo que se encuentra son simples pasillos.

—¿Y qué nos encontramos entonces en la sección este de la biblioteca?

—Pues botánica, biología, química y alquimia antigua —aclara el padre Pío un tanto desorientado mientras Jia Jun observa los diferentes volúmenes con curiosidad.

—¡Alquimia! —exclamó sorprendida—. Se sabe que Leonardo Da Vinci visitaba a sus familiares en Barcelona e incluso se dice que aquí, en este monasterio, se le encargó el San Lorenzo, y que lo único que pidió a cambio fue que se le permitiera consultar los libros de alquimia del monasterio, o sea, estos.

Jia Jun extrae un volumen de entre los demás ejemplares del estante: De frutos exóticos del oriente se leía en su portada escrito en latín.

—Un ejemplar antiquísimo —recalcó el sacerdote.

—¡Mire, una página se encuentra doblada!

Jia Jun abre curiosa el libro por esa página.

—Malum cotonium... melocotón —traduce pensativa.

El padre Pío señala nervioso la mesa de la biblioteca:

—¡Un melocotón, un melocotón! ¡De dónde ha salido este melocotón, virgen santísima, ha surgido de la nada!

Jia Jun lo coge y lo observa con sorpresa.

—No es real, es de piedra. ¡Es una obra soberbia! Incluso se siente su superficie aterciopelada, es hermoso, es perfecto.

—Conozco esta obra —aclara con solemnidad el padre Pío—. No es una obra cualquiera. Es imposible que esté aquí. Se conserva en el museo arqueológico de Barcelona. Se trata del melocotón alquímico atribuido a Da Vinci.

Mientras el sacerdote le explica esto, Jia Jun no para de darle vueltas al melocotón impresionada por su belleza:

—Pues el melocotón alquímico ahora está aquí, padre —dijo casi susurrando—. Pero ¿por qué y para qué ha aparecido aquí esta objeto? Estoy segura de que tiene algún sentido —dice Jia Jun. Y, de nuevo, vuelve a sentir ese golpe de corazón:

—Ábrete —, le dice al melocotón.

Al momento, algo se escucha:

—¿Está oyendo usted eso, padre? Parece que suena como un líquido.

La piedra del suelo de la biblioteca, por el lado oeste, comienza a derretirse; piedra líquida, en cascada, que deja entrever una escalera que desciende.

Entre tanto, el perseguidor ha logrado volver a colarse,

y aunque le persiguen, se zafa con brutalidad y está a punto de entrar en la biblioteca.

—¡Baja! ¡Baja tú! Yo intentaré impedirle el paso.

Jian Jun se lanza por la escalera y el padre empuja unos estantes que, al caer, bloquean el agujero.

El perseguidor grita de impotencia, al ver que no puede levantar el anaquel.

Abajo, una biblioteca descomunal se despliega ante sus ojos, con frescos de temas mitológicos en paredes y techos, de altura colosal. Estantes de madera labrada. Encuadernación verde, roja y ocre para los libros. Algunos, de pergamino, con el lomo de pan de oro.

Jian Jun repasa los títulos:

—Vida medieval, de Anfíteres.

—Muerte de los hermanos, de Anfíteres.

—Microcosmos, de Anfíteres.

Y así, uno y otro, y otro, y otro, toda la biblioteca tenía libros de un solo autor.

De pronto, una voz musical, como la de un niño cantor de L'Escolania, se reverbera sobre las paredes de la cueva:

—¿Eres tú quién ha abierto la piedra?

Jian Jun quiere distinguir algo, pero la mirada se pierde

en la negrura.

—¿Vienes por un libro? Tranquila, acabo de terminar uno. Voy a por él.

La música de su voz calma el palpitante corazón de Jia Jun. Ella lo escucha y se acerca, pero la voz se aleja como si fuera eco.

—Ya veo que has logrado atraer el melocotón que me hizo Leonardo. Él solo lo fabricó, con tan solo las indicaciones de mis escritos. Era brillante. La transmutación no tenía secretos para él. Ya ves que convertir algo en piedra es fácil; lo difícil es hacer arte con ello.

Por un instante, el silencio y la negrura se alían. Jia Jun presiente que va a encontrar lo que venía buscando.

—¡TOMA!

Ahora, puede sentir la voz pega da a su oído, incluso puede notar el calor de su aliente. Asustada, da un repullo y se aleja.

Una mano de escamas, con los dedos manchados de tinta azul, le acerca un libro: Gustave Eiffel, su obra, su torre y su verdadero sentido, de Anfíteres.

Jia Jun mira hacia arriba y logra vislumbrar unos pálidos y enormes ojos amarillos llenos de ternura. Por fin, lo entiende todo.

—Eres Anfíteres, ¿verdad? El dragón Anfíteres, el custodio del tesoro cátaro.

—¡Ja, ja! Así es, y aunque poseo el don de la inmortalidad siento decirte que ese no es el tesoro cátaro; el tesoro cátaro es... ¿Qué te ocurre? ¿Quieres verme?

Sin tiempo a contestar, el dragón aletea un poco y luego desprende una bocanada de fuego que prende en el techo de la biblioteca e ilumina toda la biblio-cueva.

El lugar parece no acabarse. A unos metros de distancia, puede ver un bello lago que parece perderse en la profundidad de la instancia.

El dragón sobrevuela el lago para que Jian Jun pueda observarle en toda su dimensión. Es una criatura fascinante, un bello ejemplar de dragón blanco, el último vivo, quizás, en todo el planeta tierra. Jian Jun se queda hipnotizada contemplando la elegancia del movimiento de sus alas de arco-iris.

Anfíteres vuelve y se posa a su lado con delicadez extrema. Aún así, es capaz de sentir el miedo de Jian Jun.

—No temas —le dijo—, te traigo el libro, sigo siendo humano, aunque en un cuerpo cada vez más de dragón, excepto estos dos brazos, que aún no se han metamorfoseado en patas. Y no lo harán nunca, mientras escriba.

Jia Jun tiene muchas preguntas.

—Sabía que San Jordi no te había matado.

—San Jordi era un santo, me salvó la vida. Lamentablemente, los demás dragones no corrieron la misma suerte. Y, lamentablemente también, tuve que matarlos yo, con mis propias manos y a sangre fría.

—¿Cómo? Pero, ¿por qué? Matar animales está mal.

—Créeme, fue necesario, tan necesario como doloroso para mí. Podría haber muerto de pena, si no llega a ser porque no puedo morir, salvo que me maten. Pero ¿quién o qué me puede matar? Un hombre, desde luego que no. Además, este fuego no sirve solo para ablandar la piedra.

Jia Jun se quedó literalmente sin palabras.

—¿Qué te pasa? ¿No comprendes? — continuó Anfíteres. Yo era humano como tú. Adoptábamos esta forma de dragón porque nuestro fuego ablandaba la piedra.

—¿Qué?

—¿Cómo si no crees que se activaba la escalera? Es tecnología no es magia. Más líquida, más espesa, como haga falta, puedo recrear con el fuego todos los estadios físicos de la piedra.

—Pero ¿por qué mataste a los dragones?

—Hace ocho mil años, los dragones dejaron de ser benefactores para volverse contra los humanos; esto ocurrió durante la Edad Mágica Oscura, tiempo después de la Gran Guerra. Dominados por su biología animal, comenzaron a atacar y a comerse a gente inocente que habitaba en las aldeas. Perdieron toda la biología del amor y fueron contra el plan Noé. Y es por eso que tuve que matarlos. Jordi fue mi compañero y un gran consuelo después de las cazas.

Jian Jun trataba de situar el relato del dragón en la línea de tiempo de la historia que ella había aprendido en el colegio. Pero el relato de Anfínteres aún no había acabado.

—¿Sabes cómo se pronunciaba "dragón" antaño?

—No —respondió Jia Jun.

—Dàragón: De Aragón. Esta es nuestra tierra, tierra de dragones. Y cuando ya solamente quedaba yo, los lugareños quisieron ir contra mí también. Y entonces, Jordi, mi amigo, mi compañero de aventuras, mi única familia, fue en busca de último dragón muerto, y en él, hundió su espada, y al sacarla, esta estaba bañada de sangre azulada, sangre fresca, que por su naturaleza inmortal, parecía seguir viva con el tiempo, fresca y brillante. Y con ella, fue recorriendo los pueblos y las aldeas d'Aragón, mostrando

el trofeo del último dragón, y cuando ya todo el mundo estuvo convencido, volvió aquí, a la cueva y me pidió la mano, y yo se la di, y él me cortó con su espada, y mi sangre, roja roja de rosa, se deslizó por la hoja de su espada. Sigues siendo humano, me dijo, debes prometerme que seguirás siéndolo por toda la eternidad. Mientras viva, cada año vendré aquí y me entregarás tu sangre y un libro.

Una nueva sinapsis se crea en la mente de Jian Jun y esta exclama:

—Una rosa y un libro, el día de San Jordi...

Anochece. Podría haber sido un día más, pero no. Hoy es un día grande para la historia de París y, cómo no, para la de la humanidad. Porque hoy, por fin, la torre Eiffel, después de siglos construida, experimentará en sus propios hierros, el verdadero propósito para la que fue hecha.

Gustave Eiffel, su obra, su torre y su verdadero sentido. Encaramada en el punto más alto de la Torre Eiffel, Jia Jun se asegura primero de que lleva el libro con ella, luego, toca la antena y desaparece.

9
Shambala

A Shambala, se entra llamando a la puerta.

Me dijo el maya una y mil veces.

El arqueómetro me indicaba que estaba allí.

Después de tantas calamidades había llegado.

Me constaba que Melquisedec me estaba esperando.

Es mi último viaje.

El fin del camino.

El fin de la aventura.

Todo terminaría y por fin sabríamos la verdad pero...

¿Dónde estaba la puerta?

10
Versión original

Revolución en *Un Súper Mundo Feliz*. Por fin, un tempohistoriador ha mandado la primera versión de la Biblia, del Corán y de los textos egipcios y sumerios. El Hacedor ha sintetizado 10 mil trillones de mensajes que ha producido toda la aldea global en una sola palabra, y que inmediatamente ha sido traducida por Babel a todas las lenguas del planeta, y esta palabra ha sido:

—MAGIA.

11
El atentado terrorista del Titanic

Sabíamos que J. Astor aprovechó su luna miel con esa joven mujer para ir a Egipto y, luego, a París, y que una vez allí, cogió el Titanic. Todo apuntaba a que había una operación encubierta en camino.

Sabíamos también que, en el siglo XXI, continuaba haciéndose una fuerte inversión en explorar este barco hundido, parte del cual, estaba enterrado en la tierra del mar, a unos 5000 metros.

David Cameron, un director de cine que hizo una película romántica sobre el tema en el siglo anterior, fue, entre otros, algunos de estos financiadores.

Sospechábamos de sus vinculaciones con alguna sociedad secreta, pero hasta que no llegué yo allí, no sabíamos realmente nada a ciencia cierta.

De los testimonios que otros tempohistoriadores, haciéndose pasar por periodistas, recogieron tras la catástro-

fe, en 1912, se pudo saber que algunos mencionaban, y así está reflejado en las crónicas de la Nueva Historia, un tercer barco; el cual, a pesar de llevar las luces apagadas, se distinguía perfectamente en la oscuridad, según los testimonios de algunos supervivientes.

Insisto, hasta que yo no llegué allí y pude constatar qué pasó realmente, había también muchas interpretaciones a la hora de contestar a algunas preguntas, llamémoslas, *polémicas*. Digamos que no había consenso sobre por qué el barco se partió a la mitad, ya que estaba hecho de acero, y sobre cuál fue la causa que provocó la explosión interna de la que hablaban algunos.

Hay una foto del iceberg con la marca de la pintura roja del Titanic en el New York Times de la época. Y cuando hay una manipulación tan burda por parte de los medios de los faraones, entonces, es que aquí *hay caso*. Que digan que hallaron pintura del barco el iceberg, es algo realmente inverosímil según los experimentos realizados en el siglo XXII.

La versión oficial tiene más agujeros que un colador, y esto no hace más que aumentar las sospechas de que pasó otra cosa muy diferente a lo que ocurrió.

Lo único que teníamos claro completamente es que dos siglos después aún la gente seguía buscando algo en el

interior del Titanic. Y, según mis fuentes, este álgoéstaba relacionado con el arca de la alianza.



12

Buscadores de reencarnaciones durante el capitalismo moderno

Da Vinci, un genio de la música. Newton, fontanero. Hitler costó lo suyo, pero al final, un profesor de químicas. Napoleón, un adolescente adicto a los móviles. Gaudí, personal de mantenimiento.

13
De momias y pirámides

Basta ya de mentiras. Las pirámides no son ningún ejemplo de arquitectura funeraria. Por muchas momias que allí se hayan encontrado. Que tampoco son tantas, y que se pueden contar con los dedos de una mano. Es momento de votar. De votar el primer viaje de la máquina del tiempo. Y que sea toda la humanidad quién decida. Pero yo propongo que el destino sea Gizeh.

14
La Academia de Tempohistoriadores

El pequeño coche rojo se paró.
Se paró.
Humo en la ciudad. Un géiser de motor.
A un lado se apartó el rugido de los cláxones amainó.
Pobre chico, ¿qué le pasará? ¿A dónde uno llegará?
Pero de agua trataba, agua que enfriará y renovará.
Sin remedio, hay que esperar.
Y el joven pudo, al fin, observar.
Y no solo mirar sentado en un banco a la sombra en verano a disfrutar.
Pobre gente, pensó él.
No pueden parcer por aquí. Han de llegar.
Menos cosas en más tiempo uno soportará, pero el destino igual los va a sesgar.

Cancionero Popular Siglo XXI.

—A ver, niños, ¿qué simboliza el coche rojo en esta

canción?

—¿El terrorismo? Puesto que era totalmente improductivo y revertía sobre los más oprimidos.

—No, Xenus, a ver, tú, Eclea.

—La obsesión por los bienes materiales llegó a su eclosión...

—El coche rojo, Eclea, el coche.

—No sé muy bien, guiador, puede que simbolizase el clima, el temor al punto de no retorno del 2050.

—Pero el humo blanco del coche es agua como un géiser ... No simboliza los atropellos medioambientales de la época.

—Muy bien, Tomeo, continúa. ¿Qué os he enseñado de la construcción lógica y del sentido común aplicado, mis queridos guiados de cuatro años?

—Creo que más que el clima se refería al tiempo...

—Eso es, Tomeo. En el siglo XXI, los humanos desarrollistas no pasaban por la vida, sino que la vida pasaba por ellos.

Y todos contestan:

—¿De verdad? [1]

[1] Extraído de Fantasías Mínimas, en cuya obra tiene el nombre de *La clase*.

Siglo XXII d.c.: Un Súper Mundo Feliz

15
Alexia y el clavo

ESTAMOS AQUEJADOS de un incurable culto al presente. Lo devoramos insaciablemente en nuestro deseo de inmediatez [1].

Forjamos el futuro que va a ocurrir inmediatamente, como si al tirar un rompecabezas al aire, este se formara mágicamente al caer en el suelo. Luego, forjamos el pasado, dotando a este rompecabezas de una incuestionable y solemne solidez.

Por eso, cuando hablamos de los viajes en el tiempo, siempre lo hacemos partiendo de este momento presente.

Para saber si hemos viajado por el tiempo, solo basta con buscar esas huellas en nuestro pasado.

Para demostrar mi teoría, como historiadora que soy, me dediqué plenamente a la investigación.

[1] Relato de la obra Fantasías Mínimas

Me acogí a las tendencias historiográficas actuales y busqué cualquier apunte o dato que me diera algún indicio de que mi teoría era correcta, de que iba por buen camino.

Estudié archivos, planos, fotografías e incluso pinturas, buscando algún elemento que delatara la presencia de los visitantes del futuro.

Me obsesioné tanto que intentaba prever qué acontecimientos importantes se desarrollarían en un futuro próximo donde ellos pudieran estar presentes. Mantenía la esperanza de que, asistiendo yo también al futuro evento, pudiera contactar con ellos.

Pero nada de esto ocurrió. Y fue el pasado, el pasado fue quien me dio la clave.

Miraba sin mucha esperanza ya de encontrar nada, con la mente distraída un libro de arte. Al llegar al Cristo de un solo clavo de Carlos Márquez, me fijé en sus manos, colocadas de una manera anatómicamente imposible unidas por un solo clavo. Muy tontamente, se me pasó por la cabeza que quizás las manos fueran de distintos dueños.

Y entonces lo vi. Las lágrimas me brotaron de la profunda emoción que estaba sintiendo. Lo había conseguido, esos lunares... esa mano... era la mía.[2]

[2]Extraído de Fantasías Mínimas, en cuya obra tiene el nombre de *Un solo clavo*.

16
El último mortal

Hoy ha muerto el último mortal.

Hemos hecho todo lo que hemos podido.

Mil médicos de Un Súper Mundo Feliz han trabajado para mantenerle con vida.

Desgraciadamente, no ha podido ser.

Descanse en paz.

17
La campana nazi

Una de las cosas buenas que tiene vivir en la utopía, en Un Súper Mundo Feliz, es que todos los secretos han salido a la luz. Nos ha costado una década encontrar y descifrar todos los archivos nazis, pero por fin, ahí estaba, la finalidad de la campana; ahora, que ya sabíamos para qué servía, solo teníamos que ir a buscarla, con lo que cientos de personas, en un mundo donde el trabajo era igual que el ocio, se fueron a buscarla. Destino: La Antártida.

18
Corporación

Hitler, Stalin, Franco, Hiro Hito, Roosvelt, Churchill... Tardamos años en rastrear las comunicaciones y los movimientos del dinero. Pero al final, tirando del hilo, deshicimos la madeja. Al otro lado, todos los caminos nos condujeron a la misma junta de accionistas.

19
La foto del Misterio de Rennes de Château

Llevo 35 años viviendo en la utopía y 35 años dedicándome en exclusiva a estudiar el misterio de Rennes de Chateau. A todo lo demás tengo acceso gratuito. Solo tengo que compartir con la humanidad mis avances. En concreto, hay cien millones de personas interesadas en mi investigación. Hoy somos 7 mil millones y decreciendo.

Pues sí. Treinta y cinco años y los que me quedan.

Pienso investigar este caso hasta el último día de mis días.

La razón: esta foto.

Nada más verla,

a mis tiernos 25 años,

un pálpito,

un «golpe de panza»,

me intuyó que

el asesino de Rennes de Chatêau

se encontraba entre los cinco curas de esta foto.



20
El arca perdida

A día de hoy, los historiadores de **Un Súpermundo Feliz** consideran que la pista más relevante sobre el **Arca de la Alianza** se encuentra recogida en un texto de ficción, una novela de acción y aventuras escrita para adolescentes, *París siglo XXII*, y que es la cuarta parte de la saga *Las inéditas aventuras de Andrés o Andrea*. Texto escrito a finales del siglo XX, antes de la **Abolición del dinero** y dice así...

21
El verdadero hobbit

S*OY UNA BUENA ARQUEÓLOGA*, me digo siempre a mí misma en estas situaciones en las que debo mantener la serenidad.

Reptando hacia el fondo de esta gravosa oquedad, sin echar cuenta de la peligrosa inclinación del plano, acabo de resbalarme por el pedregoso tobogán y me he quedado atascada en el agujero, por el que ha pasado mi cabeza, pero no mis hombros, que se han quedado inmóviles debido a la estrechez del maldito túnel.

Intento empujarme hacia atrás, pero el afilado mineral se clava en mis hombros y en mis piernas.

Completamente paralizada, pienso en el "Hombre de Florence", que es quien me ha traído aquí, hasta el último rincón de esta isla de la Polinesia, donde se han encontrado los famosos diminutos cráneos fosilizados pertenecientes a los últimos "Hobbits".

Las leyendas del lugar aún relatan que los homo sapiens los extinguieron confinándolos en las cavernas del volcán de la isla.

Yo, en secreto, albergo la pueril esperanza de que todavía quede algún espécimen vivo.

Giro la cabeza lo poco que puedo y la luz de mi casco ilumina una gran cavidad que se abre justo delante de mí. *Si consiguiera salir de aquí...*, me lamento.

De pronto, unas huidizas figurillas se entrevén a contraluz. Al ver que no puedo moverme, confiadas, se acercan para mirarme con gran curiosidad.*¡Son hombres, mujeres, niños! ¡A pequeña escala, pero bien formados! ¡Son encantadores!*

—¡Ayuda! —Les grito.

Me han cogido de la cabeza y han comenzado a tirar para ellos fuertemente, pero la situación no ha mejorado mucho. Ahora cuelgo del techo de la cavidad, atrapada por mis enormes caderas, herencia de mi pobre madre que en paz descanse.

El dolor del primer mordisco confirma, muy a mi pesar, mi teoría: *¡practican el canibalismo!*

—¡Ayuuuuudaaaaa! —vuelvo a gritar, pero ahora no se la pido a ellos, sino a Jacke.

De pronto, el cabecilla se fija en mi dedo y repara, sorprendido, en la flamante alianza que me acaba de regalar mi futuro esposo. Sin venir a cuento, lanza un chillido descomunal, que hace que todos paren, se arrodillen y comiencen a venerarme como si yo fuera...

22
El ciclo

Como si se tratase de un ciclo de tiempo continuo, circular e inamovible, Jack y yo volvemos de la isla de Florence.

De nuevo, en el tren, le comento que los viajes de vuelta son muy aburridos, y, recordando la primera vez que nos conocimos, Jack me promete un viaje de regreso inolvidable.

Abre un libro titulado *Fantasías Mínimas*, y comienza a leer:

—El ciclo, —dice muy serio y carraspeando un poco para aclarar la voz...

> EN MI RIGIDEZ, formando bloque, esperando mi turno, sólo disponía de mis pensamientos como único quehacer.
> *¿Cómo será?* me preguntaba. Otras ya me han dicho que te liberas de esta quietud, que

puedes moverte, realizar largos viajes en forma de corriente, visitar eso que llaman mundo, sentir los cambios de temperatura, pasar del gélido hielo al calor del sol, y disfrutar del tiempo, efímero o no, nunca se sabe.
Armada de la paciencia necesaria para esperar tanto tiempo, sé que conoceré mi destino...
Tras un largo tiempo de espera, por fin, mi turno ha llegado. El hecho de estar aquí es tan intenso como me contaron y yo misma supuse. Con el devenir de los días, he ganado en sabiduría, aunque no sé si me dará tiempo a más. Es una lástima. Hay tanto por conocer... he visto tanto y tan poco a la vez...
Como decían, sentir es dulce y agradable; y, a veces, doloroso, como esperaba. Pero no importa, ahora que estoy llegando a arriba, sé que he conseguido que valiera la pena; no desperdicié mi tiempo, tampoco me obsesioné con él, procuré ser consecuente con los efectos de mis actos, no hice daño deliberado a los demás, puse mi gota de ayuda donde pude y no dejé que se me dañara por capricho, y, sobre todo, disfruté, disfruté mucho y me divertí.
He llegado a la superficie.

Por fin.
Como hielo, deseé el día en que fuera líquido.
Como gota de agua, nunca deseé dejar de serlo.
Es indescriptible la euforia, la felicidad que siento. Ahora soy vapor de agua, y nunca pude, ni siquiera imaginar, que la realidad fuese esta.

23
El hilo invisible de la historia

Tardábamos años en desenredar una trama faraónica. Años. A pesar de que nuestros recursos eran casi ilimitados. A pesar de que casi toda la humanidad dedicaba una media de una hora al día de media a investigar lo que terminamos llamando *La Gran Conspiración de la Historia de la Humanidad.*

Podríamos decir que además de nuestros quehaceres cotidianos, toda la humanidad, en mayor o menor medida, se había convertido en un gran centro de inteligencia colectiva y distribuida.

Y, aún así, repito, tardábamos años en desmadejar la confusa madeja de las tramas faraónicas; depurar responsabilidades no era tan fácil, y menos fácil aún, ir escalando en la cima de la pirámide, y casi imposible, intentar ponerle cara a los miembros que componían su cima en cada momento de la historia, puesto que los faraones eran invisibles,

no había registro de ningún tipo sobre sus comunicaciones ni sobre sus directrices.

Hasta que por fin conseguimos colarnos en un Un mundo feliz, y descubrimos a Nexo, que no se llamaba Nexo, pero que la civilización posterior a la abolición del dinero lo llamó así, por votación electrónica, y ya se quedó con ese nombre.

Y es por eso que La gran hazaña, la trama de los cisnes negros, el descabezamiento de la pirámide, fue un evento tan importante para la humanidad, y es por eso que, a partir de de ella, se desencadenó la revolución, que llamamos invisible, porque solo vimos sus efectos, pero no sus causas.

Y fue en tiempos de revolución donde surgió esta necesidad por descifrar los grandes misterios de nuestra historia. Una necesidad que se convirtió casi en obsesión, y que fue alimentada casi azuzada por Populus y sus *mortales de necesidad*. Con este nombre es como se denominó a las bombas de información que Populus lanzaba interrumpiendo todas las comunicaciones del planeta, desde una cadena de televisión hasta una conversación cotidiana con tu hermana o tu madre. De repente, todo se paraba y el mundo solo tenía ojos o oídos para ver o escuchar esa dinamita de información.

Y de todos los mortales de necesidad, el que despertó el vicio de investigar fue la difusión de un vídeo que contenía las imágenes y las palabras de Diana de Gales en el coche tras el accidente. Lo que esa mujer dijo fue completamente ESPANTOSO, e inmediatamente, miles de informáticos se pusieron a hackear a los servicios de inteligencia británicos para destapar toda la información sobre este caso.

Y después de Diana, vino el 11-S, las verdaderas causas de las dos guerras mundiales, vino Roswell, la cueva de los tallos, el misterio de las pirámides, el lago Vostok, los moháis de Isla de Pascua, la crisis de las hipotecas en el 2009, la revolución rusa, la francesa, Juana de Arco, el descubrimiento de América, y unas tramas se iban conectando con otras, creando un gran puzzle que de tan grande que era tuvimos que hacerlo virtual, y aparecía en todas las pantallas del planeta un gran mapa mental colaborativo, un gran árbol, donde cada día, se ponían piezas más pequeñas, se añadía algo, y en cada pequeña rama de una rama más grande podías invertir toda una vida entera.

Sí, ahora, que vivíamos en la utopía, y todas las necesidades estaban cubiertas, podíamos entregarnos a nuestras vocaciones de forma apasionada, porque la vida era plácida, placentera, vivir era una delicia, una suma de momentos

felices, y tan solo teníamos el pesar de la vida arrastrada y de penurias que habían tenido nuestros ascendientes, y este come come es lo que nos hacía sumergirnos una y otra vez en esta conspiración, con la motivación de contestar a una pregunta muy simple: ¿Por qué?

Y así pasamos mucho tiempo, hasta que de repente, algo pasó, que lo aceleró todo.

Un buen día, se difundió la noticia a nivel global de que un hombre había entrado en la torre Eiffel y había salido por la estatua de la libertad, y este punto histórico, que llamamos LA PRIMERA ANOMALÍA, fue el comienzo de una nueva era de la humanidad: La Tempohistoria.

24
Ventosidades

Mucha información fue la que llegaba y toda era debidamente catalogada, por diferentes filtros. Entre ellos, se hicieron bibliotecas de olores, y dentro de estas, se armó una exposición nómada que estuvo moviéndose durante diez años por todos los rincones del mundo, tal era su éxito.

La exposición se llamó *Ventosidades*, y los visitantes podían oler o catar todos los vientos excretados del cuerpo a lo largo de todas las épocas del ser humano que se habían recopilado.

Los datos del Hacedor, el sintetizador de puntos de vista de la democracia electrónica de Un Súper Mundo Feliz, decretó que los olores más nauseabundos y putrefactos eran, sin lugar a dudas, y con un consenso del 95,789 por ciento, los pedos del Imperio Romano.

25
Un ascensor al Titanic

Tan solo pasó una semana de la inauguración de los ascensores que bajaban al Titanic y ya había cientos de versiones sobre lo que había pasado realmente. Si estuviéramos en tiempos pre-revolucionarios, antes de la abolición del dinero, habríamos dicho que cualquier hijo de vecino opinaba sobre el Titanic sin tener ni pajolera idea. Pero estábamos ya en una democracia real, y cualquiera era un hijo de vecino, puesto que todos éramos igual de importantes. Y no obstante, gracias a que nuestra democracia electrónica era muy avanzada, el algoritmo que la regía ordenaba las opiniones por un ránking de cualificación, relevancia y adhesión, de tal forma que todo el mundo tenía derecho a opinar, pero no todas las opiniones valían lo mismo; importaba la autoridad de la persona que las emitía, así como si estas opiniones estaban basadas en hechos o no, entre cientos de parámetros. Y ¿por qué digo todo esto? Pues porque en el ránking de las opiniones, en

seguida comenzó a escalar una que se íntitulaba'la manzana del Titanic, y nada más publicarse, en seguida se hizo viral, puesto que El Hacedor la situó arriba del todo, en el rango de las opiniones más relevantes.

Y es que lo que había ocurrido era que un antiguo militar, que ahora en la utopía se dedicaba al cultivo de manzanas, se había montado en el ascensor del Titanic casi óbligado'por su hijo mayor, que le había propuesto este, según él, atractivo plan para las vacaciones de verano. Y el hombre, que sin ninguna gana había aceptado, ya que llevaba encerrado sin salir más de un año investigando una nueva propiedad de las manzanas, relacionada con el olor, que hacía que fueran más durarera, y tardara menos en pudrirse. Esta investigación formaba parte de una red mayor conformada por cientos de miles personas de todo el mundo que trabajaba sin descanso por una conservación sana y natural de los alimentos, que permitiera vivir al presente, sin acumular, pero a la vez, no tirar ni un gramo de comida.

Y cómo sería el pattern matching, la relación o vínculo que este señor había desarrollado con este fruto a lo largo del tiempo por dedicarse a su estudio intensivo, que nada más poner los pies en el Titanic, como si fuera un profeta, un iluminado, un clarividente de las manzanas, como si

tuviera una nariz zahorí, le dijo a su hijo por el micrófono de su traje: Aquí hay una manzana, no la huelo, pero como si la oliera. La siento, está aquí.

Y como el sistema de seguridad de los ascensores era tan estricto, más de un vigilante escuchó esta conversación entre padre e hijo, y le faltó el tiempo para publicarla en redes.

—Que un pavo que ha bajado al Titanic dice que hay una manzana viva en el Titanic. Y se ha puesto a buscarla.

Y acompañó este mensaje en el Livuk con una foto.

Entonces fue cuando se desató la furia de la manzana. Y todos los visitantes allí presentes se pusieron como locos a buscar la manzana, asemejándose la supersticiosa Rusia del Zar, antes de que los servicios de inteligencia británicos asesinaran a Rasputín.

Pero el horario de visita se cumplió y esa hornada tuvo que ascender para dejar bajar a la siguiente tanda de visitantes. Y estos también buscaron la manzana. Y se hizo un plano de todos los lados que se habían explorado y cuántos puntos quedaban.

Para aquel tiempo, los niveles de auto organización de nuestra sociedad estaban rozando el paroxismo si tomamos como punto de referencia el mundo antes de la abolición

del dinero, que ahora resultaba primitivo, atrasado y cruel.

Así que de forma sistemáticamente anárquica, por pura voluntad personal que se fundía con un gran sentido de la comunidad y de lo coletivo, cada visitante que bajaba se encargaba, si quería, de explorar un cuadrado del mapa, a fondo, y si quería, de grabar todo lo que hiciera, para luego subirlo a la red, y que fuera auscultado por el ojo de Populus, el ojo global, el ojo que todo lo ve, el ojo de todos los humanos que quisieran libremente acceder a esta información.

Y eureka! Al final, un señor mayor, que vivía en Nueva Zelanda, y solo, recién enviudado, y con una depresión de caballo, se había aficionado a este hobbie, como quien haze un puzzle, y esperaba a terminarlo para suicidarse e irse con su mujer a la otra vida.

Eran las siete de la mañana en Nueva Zelanda, las nueve de la mañana en el horario global, y como cada mañana, desde que salió este tema del ascensor al Titanic, se sentó en una habitación llena de pantallas, a mirar una y otra vez las imágenes que los visitantes iban subiendo a la red.

Cuando de pronto, vio que en la sala de máquinas, había una pequeña asimetría, casi imperceptible para un ojo no entrenado para el detalle, pero muy evidente para él.

Había un falso fondo. Estaba seguro.

En seguida, contactó con uno de los visitantes que estaba por ahí cerca para que inspeccionara el lugar.

La cosa llevó su tiempo, porque por democracia electrónica tuvo que lanzarse una votación sobre si se debía levantar esa tabla, y modificar 'la obra de arte'para comprobar si había algo debajo. Pasadas las 24 horas, la población mundial votó a favor de levantar la tabla, con una mayoría un poco rasgada, del 61

Y la tabla se levantó. Y lo que apareció fue algo tan sumamente brutal, algo que nadie se esperaba, que ya no se habló más en toda la galaxia Gutenberg en todo el día.

Bajo la tabla había nada más ni nada menos un falso fondo, y allí, reposando sobre él, nada más ni nada menos, que un ataud, en cuya solapa estaba escrito Vlad Dracul.

#LaMandíbulaEnElSuelo fue el hastag para indicar el nivel de sorpresa de la población mundial.

De nuevo, otra vez a votar, para decidir o no si se abría el ataúd. Y esta votación llevó mucho más tiempo. Tres días habían pasado, y aún no se había llegado al 61 % de consenso. Estábamos cagados de miedo. ¿Qué pasaba si se abría y se levantaba Drácula? Los niños tenían pesadillas, y los mayores también.

—Que no, que no, que no, que el ataúd no se abre.

Tras mucho debatir, se decidió subir el ataúd a la superficie con unas medidas de seguridad de conservación pensadas para obras de arte de alto nivel. Para ello, se desarrolló incluso tecnología desconocida hasta la fecha. Seis meses tardaron en sacar el ataúd sin alterar su atmósfera, en el mismo estado en el que se encontraba bajo el agua.

Ahora sí, con todas las garantías, y con un plan de protección en el que habían participado 3 millones de personas, por fin, la aldea global llegó al sesenta por ciento de consenso. El ataúd de Drácula se iba a abrir. Ninguna película de ficción de ese año podía superar a la realidad real, a la emoción, a la expectación de lo que pudiera pasar.

10, 9, 8, 7... Como si estuviéramos en NocheVieja, la humanidad entera contó la cuenta atrás y contuvo el aliento. El ataúd se abrió...

Y lo que había dentro de él fue tan decepcionante como enigmático a la vez:

—Una manzana de color azul brillante, lista para comer, y desprendiendo un olor absolutamente embriagador.

La prueba del carbono 14 dictaminó que el ataúd de Vlad Dracul tenía 6000 años.

Siglo XXI d.c.

26

2013: SOS

No vamos a negar que antes de esto, ya habían pasado dos cosas raras. La primera es que la posición de las estrellas había cambiado, pero de esto ya se ha hablado hasta la saciedad y, al no tener ninguna explicación para ello, a pesar de que nuestros conocimientos de la física del universo habían dado un salto cualitativo, poco a poco lo dimos por hecho. Ni siquiera cambiamos el calendario, cuando deberíamos haberlo hecho, así éramos de pasotas.

La otra cuestión, antes de que pasara esto que llamamos *la Gran anomalía*, fue el asunto de los mensajes.

Un grupo de científicos, procedentes de distintos puntos del planeta, todos acérrimos fans de Nikola Tesla, volvieron a construir toda la tecnología de este gran científico, entre ellas, una réplica de la Torre WardCliffe. Y, como Tesla, empezaron a detectar mensajes que no se sabía de dónde venían.

Cuando se divulgó por todo el planeta esta información, calificada por el Hacedor de prioridad 1, las redes sociales especularon hasta lo último, aportando hipótesis de todo tipo, pero la opción más votada fue la misma de Tesla, que procedían del espacio exterior, de una civilización intergaláctica en problemas.

Nadie, absolutamente nadie, podía imaginarse en ese momento, que pudiera ser lo que mucho tiempo después averiguaríamos sobre el origen de las señales SOS.

27
2012, el fin del mundo

28 de diciembre del 2012.

No me sigas, me dijo el súper sapiens, porque aquí acaba el mundo. Los mayas tienen que mirar las estrellas para anotar la fecha. Sé lo que eres y lo que haces aquí, continúo diciéndome. Yo no haré otra cosa sino hablar por tu boca de aquello que todavía no has dicho.

28
El año de la abolición del dinero: día uno

Los historiadores de la revolución que llevó a abolir el dinero supieron mucho después, haciendo retrospectiva, que quien lanzó el bulo de que los faraones habían alcanzado el secreto de la inmortalidad y que no querían compartirlo con el resto de los seres humanos de ese tiempo por, según ellos, no estar espirtualmente preparados, fue Populus, antes de que Populus saliera a la luz con los mortales de necesidad. Bueno, en puridad, este fue el primer mortal de necesidad, aunque no llevara su nombre.

Así pues, hoy en día se considera que el inicio de la revolución fue el día de esta primera bomba informativa, con apariencia de fake, usando los mismos canales que los faraones tenían para difundir bulos.

Nadie pudo prever que esto iba a llevar a la humanidad a una nueva era, a una nueva civilización, donde el dinero

y sus miserias, donde la necesidad, se quedó alojada en un ínfimo rincón del olvido.

29
Reminiscencias de los dioses en el siglo XX

—¿QUÉ TAL, señor CLARK? ¿Divisando la ciudad desde esta altura? Magnífica panorámica, ¿verdad? —comentó el médico mientras regresaba a su consulta.

—Gracias por recibirme de nuevo, doctor, ¿qué tal el resultado de las pruebas? —preguntó impaciente el visitante.

—Siéntese, por favor... Usted era... Clark S´up ermaint... si no me equivoco... Aquí está. Bien. Seré claro. Usted ya debería estar muerto. De hecho, y que conste que hablo por boca de la ciencia, desconocemos por completo cómo ha podido permanecer así, en su estado, durante tanto tiempo. Explíqueme, por favor, cuál fue el origen de este...

—Verá, doctor, era joven, buen judío y patriota. Me presenté voluntario a las pruebas de algo que, según Ellos, podría hacernos ganar la guerra. Qué ingenuos éramos...

aunque, bien mirado, no tuvimos tan mala suerte... al menos, estamos vivos.

—¿Ellos? ¿Ingenuos? ¿Había más gente?

—Sí, muchos más. En mi caso, como usted ha comprobado, mi ADN mutó en una cadencia evolutiva de tipo arácnido.

—En efecto, señor S´up ermaint, las áreas sensoriales de su cerebro están gravemente afectadas.

—Al principio, acudí a la prensa para hablar de mi caso. Yo les conté todo, les hablé de mi nueva cohesión molecular, de mi ligereza arácnida, de la fuerza de mis extremidades, de cómo, de un salto, alcanzaba gran altitud para después frenar lanzando mi tela. *Cualquiera diría que volara*, me dijo uno una vez, y yo tuve que asentir. La prensa fue muy injusta conmigo y trató mis defectos de la manera más sensacionalista posible, y yo... a partir de ahí, decidí mantener en secreto mi personalidad, porque... la gente, ya sabe usted, la gente es muy cruel.

—Le comprendo —dijo el médico con pesadumbre.

—No se preocupe, hombre, afortunadamente, usted nos salvó, a mí y a los que, como yo, también pasaron por el aro. Ahora, gracias a su libro, donde usted niega nuestra existencia, hemos sido relegados al terreno de la fantasía,

solo existimos en la imaginación de unos pocos. No sabe cómo se lo agradezco... doctor...

—No hay de qué, hombre, continuemos, hoy tengo un día muy apretado. Dígame, cómo va su alimentación. Recuerde que no es saludable que base su dieta en sangre y en carne poco hecha.

Un espumarajo azulado y pegajoso salió disparado de la boca del paciente envolviendo velozmente al doctor. Tras devorarlo, el paciente se miró y se dio cuenta de que estaba empapado de un viscoso líquido azul y que restos de bata blanca ensangrentada le colgaban de la comisura de los labios. Asustado por lo que había hecho, de un salto, huyó rompiendo el ventanal.

Abajo, en la acera, el ruido de los cláxones se mezclaba con multitud de lenguas. Un niño miró hacia arriba siguiendo el camino de un globo de helio. Choqueado por la visión, jaló para abajo de la mano de su madre gritando:

—¡Mira, mamá! ¿Es un pájaro? ¿Es un avión? Es... [1]

[1]Relato de Fantasías Mínimas llamado La Consulta

30
Kardashian, comida chatarra

Aunque al final de la edad oscura mágica los dioses nos abandonaron para siempre, tardamo muuuuuuuucho, pero que muuuucho tiempo en darnos cuenta, en aceptarlo, en asumirlo, y aún miles de años después, en el siglo XX después de Juan Bautista, todavía había obras como El ocaso de los dioses, de Wagner o El crepúsculo de los dioses, de Nietzsche que hacían referencia a este hecho. Aún así, todavía quedaban reyes hombres en la tierra, como el rey de Tailandia, que decía ser un híbrido y provenir de ellos.

Y a lo largo del tiempo también hubo muchas formas de llenar ese enorme e inconmensurable hueco que ellos dejaron, y en el siglo XX fueron las estrellas de Hollywood en Occidente las encargadas de materializar en el mundo físico ese sentimiento de admiración y fanatismo que en tiempos pasados creaban los dioses en las masas. También los cantantes e incluso algunos asesinos en serie como Ted

Bundy también encarnaron esta pasión loca. Qué le vamos a hacer. La conciencia del ser humano tras la 2GM había quedado completamente tomada.

Pero el punto álgido del fanatismo llegó, sin lugar a duda, con las Kardashian. Con ellas, aprendimos que no había que tener absolutamente ninguna habilidad especial para llenar ese hueco, y que por lo tanto, ese agujero podía ser rellenado, refill, como hacen con los refrescos, con cualquier cosa, como por ejemplo, sin ir más lejos, con un culo.

—Pero qué pedazo de culo, dijo uno entre el público.

Y toda la masa aborregada se rió.

31
Para ser un buen faraón...

Persépolis, Alejandría, Dresde... Si quieres eliminar nuestro rastro, para que el hombre no sepa de dónde viene, quién es y a dónde va, y que nadie sepa lo que tú ya sabes, cuando llegues a la cima de la pirámide, quema una gran biblioteca.

32
2011: El Conde de Saint Germain

El conde de Saint Germain observa desde en el lado opuesto el Golden State, el bloque de oro, construido sobre a las orillas del lago más grande del Central Park, con sus paredes de cristal y de oro, sus ventanas de art déco, que le dan un toque majestuoso y ecléctico al siglo XXI. Acaban de entrar en él cuatro cisnes negros, con anomalías genéticas, que serán investigados a fondo para mayor gloria de los hombres más poderosos del planeta.

De pronto, una pistola sobre la sien del conde de Saint Germain rompe el éxtasis de la contemplación del edifico.

—El móvil, el dinero, ese anillo con esa piedra gorda negra que tienes ahí, dame todo lo que tengas o te pego un tiro y ya ni lo cuentas.

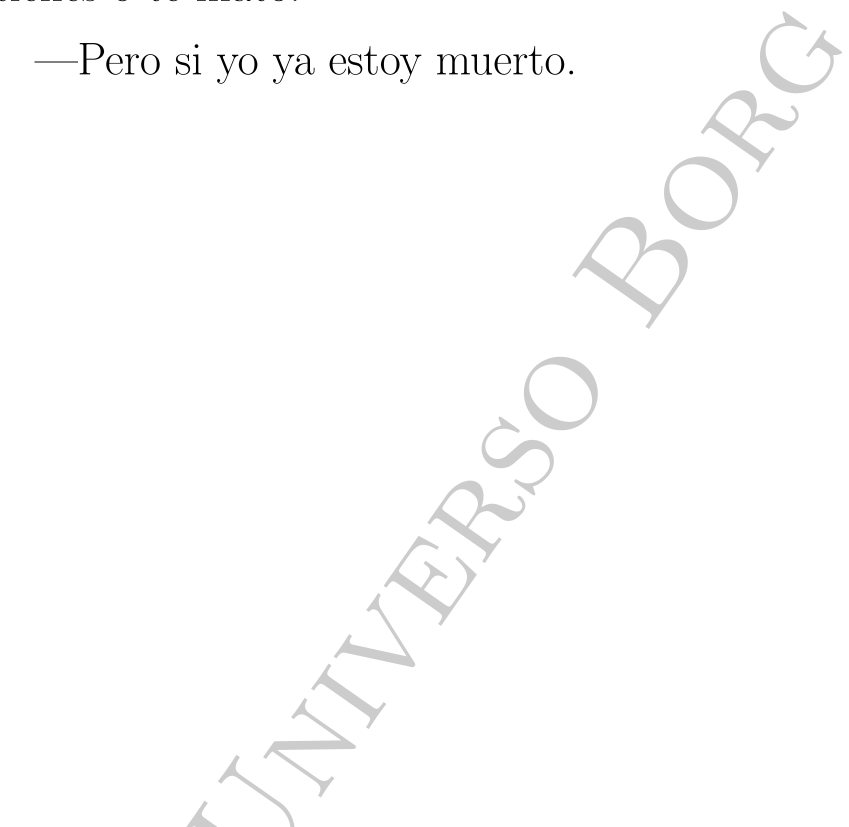
El conde de Saint Germain reacciona con perplejidad, pero al segundo, larga una gran carcajada y dice:

—¿Te has preguntado quién tiene tanto poder como

para traer piedra a piedra ese edificio que ves allí desde dos manzanas más abajo y convertirlo en un centro de ocio y descanso para los más privilegiados de la sociedad?

—No volveré a decírtelo otra vez. O me das todo lo que tienes o te mato.

—Pero si yo ya estoy muerto.



33
En el museo DÓrsay

—Señorita SILVIA, aquí tiene su café, ¿me decía? [1]

—Gracias. Decía que aprovechando las vacaciones de Navidad, decidí visitar el museo d'Orsay. Nada más entrar, comencé a pasear tranquilamente por sus espaciosas salas, disfrutando de las obras del impresionismo, queriendo mirar a todos los lados, puesto que en todos había belleza...

De repente, sin saber cómo ni cuándo, un hombre asomó la cabeza por una de las puertas de emergencia. Estaba nervioso. Vestía un traje verdaderamente antiguo aunque impecable y me hacía gestos para que me acercara. Al principio, no le hice caso, pero él insistía, y, como no me pareció peligroso, más bien simpático, acudí.

Con cierto misterio, me indicó que le acompáñese al otro lado de la puerta. Cuando salimos, sin dejar de mirar a ambos lados del pasillo, me dijo que tenía un regalo para

[1] Relato de *Fantasías Mínimas.*

usted y me dio esta dirección.

—¿Para mí? Eso es impos...

—Sí, por favor, permítame que continúe.

—Perdone, pero es que esto es incomprens...

—Me dijo que el regalo se encontraba en el interior de su caja fuerte.

—¿En mi caja fuerte?

—Por si fuera poco, aparecieron dos hombres con bata blanca. *¡Escóndase, ahí,* me susurró, *tras esas cajas!* El señor de la izquierda es muy estricto. Haciéndole caso, me acurruqué entre las cajas para que no me vieran. Los dos hombres pasaron y, él, como si recibiera a dos comandantes del ejército, les saludó de manera marcial.

—Señor Nemo, señor Robur.

—Nos vamos, señor Jules —le respondieron.

Al verlos con la bata, me imaginé que el señor Jules era un enfermo mental y que venían a buscarlo; por eso, decidí levantarme y salir de mi improvisado escondite.

Cuando el señor Robur, sin duda, el más estricto de los dos, me vio, le dijo visiblemente irritado al tal Jules:

—¿Qué hace ella aquí? Debemos dejarla ahora mismo, ya estamos de camino.

—Ya lo sé. Lo leí en el periódico. Vosotros me habéis enseñado y yo he aprendido —les contestó el hombre.

El señor Nemo me miró muy serio:

—No se preocupe, señorita, la devolveremos a la vuelta, primero, vamos a dejarle a él.

—No entendí por qué hablaban de idas y venidas si no nos habíamos movido del sitio. Dejé a estos locos y me volví al museo. Al salir, me percato de que la sala y la gente han cambiado. Miro hacia el frente y veo un cártel que anuncia una exposición de *Puntillismo* que antes no estaba. Muy confusa, noto que las manos me empiezan a sudar y que el papel con la dirección del regalo se está reblandeciendo... Rápidamente, decidí acudir a la dirección que Jules me había escrito, a ver si usted me puede aclarar algo.

—¿Un regalo en mi caja fuerte? ¡Pero si no tengo caja fuerte! Como no sea la del tatarabuelo... La guardo como recuerdo. Según tengo entendido, sus herederos la vaciaron tras su muerte. Está cerrada y no tengo la combinación, ya le digo que es un recuerdo.

Pacientemente, esperamos a que un cerrajero solucionara el enigma. Cuando estuvo abierta, un manuscrito apareció ante nuestros ojos: *París, siglo XX* por "Jules Verne".

—Señorita... ¡esto, esto, esto es inaudito!

—Lea lo que ese señor me escribió en la entrada del museo.

> *Espero que te guste lo que acabo de escribir aquí durante mi excursión por el siglo XX. A la ida, fui a mi casa, la casa de la familia, que continúa con la misma cerradura de hace un siglo, llamé y no estabas, así que entré. Como sé mi combinación, se me ocurrió guardar mi nueva obra en mi antigua caja fuerte. Como son tan estrictos, a la vuelta no tienen pensado parar, por eso te mando el aviso con esta emisaria.*

El tataranieto, sin saber qué decir, tardó un tiempo en salir de su mutismo:

—No me cabe duda de que se trata de una broma de mal gusto. Algún loco pretende hacernos creer que los viajes en el tiempo son posibles, echar por tierra la febril imaginación de mi tatarabuelo con la estúpida idea de que él no inventó nada, sino que copió directamente de la realidad que estaba viendo... ¡JA, JA! Menos mal que no se les ha ocurrido decir que es su fantasma, esas cosas me dan mucho respeto.

Silvia ríe, está de acuerdo también con su teoría. Sin

saber por qué, el tataranieto le da la vuelta a la entrada y lee “Museo d’Orsay, 12 euros, agosto 2006.”

—¡Señorita, pero si estamos en 1989!

—Ahora entiendo lo de te recogemos a la vuelta.



34

Back up humano

—¿PERO cómo que fue un fracasado? ¡Pero cómo un fracasado! Sepa que la apoltronada vida de académico que usted tiene es, en gran parte, por las impresionantes aportaciones que él hizo a la humanidad en el terreno de la ciencia y la tecnología.

—La mía y la suya, doctora, ¿o no es usted académica también?

—Profesor Rego puede usted internvenir en el debate cuando quiera y no olviden que seguimos con la emisión en directo hasta las veinticuatro horas de *¡¡¡Menos humos, fracasado!!!*

—Yo sólo puedo decirles: la batidora, el taladro, el secador de pelo...

—Ese hombre era un excéntrico.

—La cortadora de césped, los ventiladores, las lavado-

ras...

—¿Que era un excéntrico? ¡Era un genio! ¿Cuántas veces tenemos que deslegitimar a este genio por sus supuestas «excentricidades»? Cuando su tan admirado Edison intentó grabar con su fonógrafo las voces del más allá. Lo que es válido para uno lo es para todos.

—Las estaciones hidroeléctricas, la transmisión inalámbrica, las luces de neón...

—Ese hombre estaba chalado.

—Tal vez el que está chalado es usted al no ver su gran aportación. Dígame: de todo lo que está nuestro amable profesor Rego enumerando, cuándo cree usted, que tanto se atreve a deplorarlo, que podrá tener si quiera una aportación mínimamente parecida en su campo de la ciencia.

—Lo que pretendo decirle es que no es así, cualquier avance en la humanidad no depende de un hombre solo, sino de toda la ciencia en su conjunto.

—Es usted un mediocre, profesor Marín, que solo sirve para repetir cual papagayo aquello que le metió en la cabeza otro apoltronado profesor académico que se creía tan lince como usted.

—Doctora Zyanya, no permitimos ataques de índole

personal en este programa. Cíñase a la temática del debate y argumente en virtud de él.

—Es que la verdad, me cuesta trabajo comprender cómo podemos seguir tan engarrotados, tan obtusos de pensamiento. A saber cuántos jóvenes Nicola Tesla están siendo hoy ninguneados por este mismo pensamiento arcaico que está usted esgrimiendo y cuántas oportunidades estamos perdiendo delante de nuestras narices para poder construir Un súper mundo feliz.

—Veamos qué tiene que decirnos nuestro joven concursante. Señor...

—Nicolás. Nicolás también.

El joven alzó sus manos y de las puntas de sus dedos surgieron azulados rayos eléctricos que invadieron todo el estudio televisivo. Un silencioso vimana, una preciosa plataforma discoidal metálica del color del oro viejo, se acercó levitando a sus pies. Nicolás se subió a ella sin perder ni un ápice de su esmerada elegancia y mirándola con sus penetrantes ojos le dijo a la doctora Zyanya:

—El presente puede ser de ellos, pero le aseguro que el futuro nos pertenece.

35
Buenas vistas para el 11S

2001 d.c., Nueva York.

—Sí, sí, muy bien, eso es, abra las ventanas.

Cerca de la puerta, un hombre pelirrojo acudió solícitamente y abrió las ventanas. Después, se compuso las mangas, se ajustó de nuevo la corbata y aplanó con un tirón la chaqueta de su traje. Tras recobrar la compostura dijo:

—¿Qué le parece? ¿Suficiente espacio? No me podrá decir que no. No va a encontrar otro sitio mejor. Eso se lo aseguro. Y menos a este precio.

El otro hombre movió un poco la cabeza y dibujó en su cara un gesto impreciso. Luego, se dedicó a caminar paralelo a los ventanales mientras a través de ellos. El vacío del lugar, propagaba el eco de sus Gucci de tres mil

dólares.

Al cabo de un instante se paró y con la mirada perdida en las Torres gemelas dijo:

—Manhattan siempre es interesante visto desde arriba. ¿Sabía que esta torre se finalizó mucho después que el complejo?

El hombre pelirrojo imitó el mismo gesto impreciso que su cliente había hecho anteriormente, como para indicar que estaban en la misma onda. Luego, puso cara de estar interesado. Ignorándolo, el hombre de los zapatos Gucci dijo:

—El siete es muy importante. Siete es la energía de los chakras, siete los enanitos que buscan las piedras. Siete la sabiduría de Grecia y siete los días de la semana. El tiempo, eso es lo importante. En un futuro, puede que no haya torre seis pero la torre sí se reconstruirá.

El hombre pelirrojo se quedó un poco desconcertado. Era consciente de que una palabra desafortunada podría echar abajo su comisión. Pero tras un largo silencio, donde solo se escuchaban esos zapatos negros y brillantes, por fin se decidió a hablar:

—Con toda la buena intención del mundo me veo en la obligación de decirle que somos una empresa seria, y que tanto usted como yo sabemos que lo que me está pidiendo es algo un tanto, digamos... excepcional. Lo podemos hacer, de eso no le quepa ninguna duda, pero la cuestión de la energía...

Los zapatos negros se pararon. Un rayo de sol rebotó en una de sus hebillas, y un pequeño destello saltó libremente por la sala acompañando las palabras de su dueño, que parecía no darse por vencido:

—El edificio está construido sobre una subestación. Como usted sabrá, todo el World Trade Center, así como sus instalaciones, necesitan mucha energía. La torre 7 no es una excepción.

—¿Y la antena?

El hombre pelirrojo intentaba encontrarle una pega un proyecto tan excéntrico.

—¿LA ANTENA? —un pequeño y reprimido paso de claqué acompañó a la respuesta del otro hombre—. Mire por la ventana. ¿Qué cree que tenemos la torre 1?

—Sí, la veo. Pero, dígame, ¿para qué quiere que instalemos un centro de control de vuelo aquí? Estamos en el Lower Manhattan. ¿Dónde pretende usted aterrizar aquí aviones?

—Que yo sepa, aquí nadie le ha dicho que vayan a aterrizar.

SIGLO XX d.c.

36
La puerta en 1980

1980 d.c.

—Profesor, profesor, ¿puedo ir a hacer un pis?

—Ahora, jorgito, espera un momento, Bien, ¿quien me pude decir dónde estamos?

Varios niños levantaron la mano y dijeron prácticamente a la vez:

-¡La puerta de Hayu Marca!

—Muy bien. ¿Y porqué estamos aquí? ¿Eh? ¿Eh? Andresito, dime tú.

—No sé... ah, sí, por la música.

—Explícalo tu, Juanita, ya que se lo has chivado.

—Porque nuestra banda de música del colegio La Salle de Lima ha ganado el premio por su "Camino del inca" y la vamos a tocar aquí.

Muy bien, Juanita, eso es. El Inca Aramu Muro escapó de los españoles en tiempos de la conquista con el "Sol de Soles" en sus manos, se escondió en estas alturas inóspitas y desérticas tras atravesar el lago Titicaca y desapareció al llegar a esta puerta en la piedra. Y esta, niños, es la leyenda que acompaña a esta magistral estructura inca.

—Aquí desapareció una banda de música hace seis años —dijo temerosa Manuelita y añadió cuando escuchó las risas de sus compañeros— ¡que es verdad, que me lo ha contado mi mamá!

—Eso es una leyenda urbana, no asustes a tus compañeros, Manuelita. A ver, un poco de silencio. Tenéis que saber que es una formación geológica, GE-O-LO-GI-CA, de roca pura en la cual se ha tallado una puerta sin salida de siete metros de anchura por siete metros de altura y en su interior consta de...

—¿Puedo ir a hacer un pis, profesor? ¡Que me no aguantoo!

—Ve, ve, Jorgito, pero no te alejes.

Jorgito caminó hasta un sitio apartado y justo cuando por fin iba a llegar su ansiado momento. Una voz que consiguió que este diera un repullo le dijo:

—¡Espera!¡No puedes hacer tus necesidades ahí! Esa es la piedra sagrada de los siete rayos. El mapa donde se ubican las otras puertas. ¿Quieres escoger una? Vamos escoge una y toca tu flauta.

Al chico se le quitaron las ganas de todo y cuando se atrevió a darse la vuelta para mirar de dónde provenía la voz no vio nada salvo niebla, mucha niebla y una silueta envuelta en una túnica blanca.

Los gritos de *Jorgitooo* del profesor y de sus compañeros, el resto de miembros de la banda, llamándole lo guiaron. A todos se les notaba su preocupación.

—¡Jorgito que has hecho! —le recriminó el profesor. Hemos escuchado tu flauta y todo se ha vuelto niebla.

¡Mira el suelo, Jorgito, es nieve! ¿Y el lago Titicaca? ¿Dónde está?

—¡Director, la niebla se va, menos de la puerta. creo que ahí hay alguien! —advirtió Manuelita.

Todos callaron y miraron hacia la puerta. Una figura envuelta en una especie túnica blanca que brillaba mucho y parecía que flotaba en el aire les saludó reverencialmente:

—¡Bienvenidos a Shambhala!

37
La maleta de Himler

—Señor March, no creería que iba a llegar muy lejos con esa maleta —dijo sin querer ocultar ni su pistola ni su claro acento alemán.

—Estos son mis barcos y estamos a punto de fondear en Gibraltar, ¿qué va a hacer? ¿Llevarse la maleta y un bote salvavidas?

Después de decirle esto, raspó la cabeza de su cerillo contra la madera para encender un puro con la misma tranquilidad con la que lo había hecho infinidad de veces.

—No. Traigo transporte propio. Mire por la barandilla.

Con cara de sinvergüenza, el empresario observó con claridad la cruz esvástica emergiendo del mar, y entonces, comprendió que no tenía nada que hacer frente a un submarino de la Kriegsmarine.

—La maleta o se va usted a pique —presionó el que

seguro era oficial de la inteligencia nazi.

Aún así, el empresario funambulista hizo gala de su zalamería española y, con su conocimiento del alemán, le dijo sonriendo al nazi:

—Venga , hombre, déjeme algo para el rey. A Himmler no pareció importarle mucho perder esta maleta en el hotel Ritz de Barcelona, —esgrimió como excusa para convencer al alemán—. Y esa operación me ha costado una pasta. Si no hay maleta, el rey no me paga. Lo siento, pero no se la puedo dar.

El estoico sirviente del III Reich estaba perplejo: ¿quién se había creído ese señor que era para negarse de esa manera a los designios de su amado líder? ¿Era realmente Juan Marcha, famoso por su dudosa reputación, o alguien que se hacía pasar por él? ¿Un tempohistoriador quizás? Decidió indagar un poco lanzando una bomba informativa, para ver cómo reaccionaba su interlocutor, y así poder conocer el peso de sus secretos.

—Dígale al rey Jorge que no estamos interesados en su piedra del destino.

—¿Está seguro de que no? ¿Cree que no he abierto la maleta? Déjenme los documentos relacionados con la Lanza sagrada de Longinos para mi cliente y, a cambio, conseguiré que os abran la cueva de Montserrat para que

podáis buscar con vuestros propios planos.

—Tampoco estamos interesados en la copa de un judío.

—Ya lo sé —el bravucón mallorquín cambió su tono jovial por uno muy serio, incluso siniestro—. Sé que no buscáis el Grial, que no queréis la santa copa. Queréis la piedra incrustada en ella. Y sé también que buscáis la fuente de la vida eterna. Queréis verter agua en su interior y beber su néctar, fuente de toda cura y juventud. Queréis...

Una bala nazi zanjó la conversación. Los nazis marcharon pensando que lo que flotaba en el agua, en medio de una gran balsa de sangre, era un hombre muerto.

—La lanza de longinos —dijo el nazi mofándose mientras ensanchaba el pecho y tiraba para adelante con la maleta en la mano—. Pobre ignorante.

38
Seis cuadros seis

1907 d.c.

—Pareciera que el lienzo quería atraer el pincel y la mano del pintor hacia su coordenada exacta tan igual como si se tratase de magnetita y hierro.

Con tranquilidad y sin mirar a sus interlocutores respondió afirmando:

—De verdad, querido amigo, no me gustaría que me acusaran también de esto, ya me acusaron en su día del robo de La Dama de Elche.

—Es muy curiosa esa pintura, ¿cómo dijo que se va a llamar?

—Se llama. Se llama. *Las señoritas de Avignon*, y ya está terminada, solo la retoco, como Marqués...

—De Valfierno, Marqués de Valfierno. Señor, Apollinaire, usted es amigo del señor Picasso, ayúdeme, por favor.

—Mírala, Pablo. ¿Qué trabajo te cuesta? Tenemos hambre.

—Está bien. Yo le diré. Pero dígame usted a mí antes: ¿si ha robado un cuadro, cómo pretende vender seis?

—Lo importante es que los compradores sepan que la obra ha sido robada. Todos pensarán que poseen la obra auténtica cuando se la venda y con el revuelo que se ha levantado no van a estar pregonándolo, créame.

—Y el original, ¿tiene intención de devolverlo?

—A todos los compradores les diremos que el Louvre ha colocado una copia para salvaguardar su honor. El joven la devolverá en Italia argumentando una causa patriótica, pero eso será después de que usted la analice.

Pablo Picasso agarró el lienzo en cuestión con ambas manos y la admiró. La Mona Lisa le sonreía cara a cara.

—No hay mucho que analizar: esta mujer, la Gioconda, acaba de recibir el *consolamentum*. Es una cátara Perfecta. Leonardo Da Vinci tenía ascendencia cátara y sabe muy bien de lo que está hablando. Pero a usted lo que realmente le interesa y lo que está buscando es el lugar donde se encuentra la piedra sagrada de los cátaros, ¿verdad? Mire el paisaje, es Monserrat, sin duda.

39
Tolkien y el planeta de los simios

Y cuando matamos a todos los elfos que no se marcharon a las ciudades mágicas, nosotros los hombres, nos olvidamos de dónde veníamos, y por lo tanto, perdimos la visión de adónde íbamos. Y aunque heredamos su cultura, dijimos que era nuestra, que la habíamos creado nosotros. Y llegamos hasta el punto de cuestionar si los elfos tenían alma y, después, fuimos más allá, negamos su existencia, y más tarde dimos un paso más, y los convertimos en un producto de ficción, afirmando que había salido de nuestra mente creativa; y como eran ficción, los elfos no tenían alma, solo si nosotros así lo decíamos. Y gracias a nuestros profetas, nos convertimos en ese cerdo de la novela de 1984, que anda sobre dos patas, y se erige sobre la masa, sintiéndose superior, porque cuando se pierde toda la base de amor, el afán de superioridad es la única pulsión que trata de llenar ese enorme agujero que el amor ha dejado, un agujero negro infinito, que se lo come todo,

hasta devorarnos a nosotros mismos.



40
El lama granadino

Y una vez más, salimos siguiendo la estrella fugaz, para que nos indicara dónde iba a nacer el siguiente corazón puro, una especie ya en extinción, y sin embargo, más necesaria que nunca para lo que iba a ocurrir, en escasos veinte años.

A ojos de la gente, llevábamos, como siempre hacíamos que se daban estos exquisitos acontecimientos en la historia, los famosos tres cofres de oro, plata y mirra. Solo nosotros sabemos qué eran esas sustancias en realidad y para qué servían.

Y allá que fuimos, a la noble y bella ciudad de Granada, de grandes esplendores pasados, y ahora convertida en una ciudad moderna; allí el lama se había reencarnado, y sin duda, llenos de la ilusión de cuando llega a casa un recién nacido, lo buscamos hasta dar con él.

Corrían los años noventa del siglo XX.

41
Sarcófago

Y entre las millones de historia de Arqueología popular venimos hoy a destacar la historia de un hombre que en el sur de España, Cádiz, la antigua Gadir, dedicó toda su vida a buscar una antigua reliquia, y lo hizo, sin ningún éxito, hasta el último día de su muerte. Tras ella, la configuración de los astros quiso que se derrumbara su casa, y al hacerlo, apareció bajo ella una torre de vigía, la Torre de la bella, una torre del tiempo de los árabes, y en ella, escondida, el objeto de su deseo, el sarcófago apterigense.

42

Esta tecnología no es para ti, y el que avisa no es traidor

Siete puertas. En la India, en España, en la Antártida, en la cueva de los tayos, siete puertas, siete. Si amor es lo único que corre por tus venas, hasta hacer brillar tu cabeza y flotar tus pies, atraviésalas, y te reunirás con los que nunca se fueron. Si hay una micromillonésima de rencor, odio, envidia, superioridad, mal, en definitiva, en tus células, se apoderará de ti una enorme fatiga radioactiva que te acompañará en tu camino hacia la muerte.

43
Terribilis est locus iste

Un pueblo, apartado.

Insignificante sí, pero alberga vidas.

Coustaussa 1897. Es de noche. Hay niebla.

Dos sacerdotes...

discuten,

una sotana será víctima,

la otra...

su verdugo.

Uno pregunta. Otro niega. Que si un testamento. Que si una pequeña piedra, negra. No, no, no.

La víctima mira aterrorizada la actitud del otro sacerdote, que blande un atizador macizo de leña con sus dos manos, elevándolo sobre su cabeza dispuesto a golpearlo contra ella.

El verdugo observa horrorizado cómo la sangre le ha salpicado la sotana y corre generosamente por el suelo de la sacristía.

Está hecho. Lo coloca en postura yaciente y le da la extremaunción. Busca y rebusca y luego se va. Pero antes escribe en un papel de fumar: *Viva, viva Angélina.*

Coustaussa 1897. Sigue siendo de noche y continúa la niebla.

Un pueblo apartado, Rennes le Château, junto a otro pueblo insignificante, Coustaussa.

Que ahora alberga una vida menos y un secreto más.



44
Los semidioses

Dejamos de lado el amor, para centrarnos en el poder. Antes, nuestros antepasados, bajaban, ayudaban y se volvían a subir. Ahora, ya no bajábamos nunca. Tan inmersos que estábamos en nuestras propias 'movidas'. Los biológicos hacían mucho ruido.

45
La cueva de los tallos

Neil Armstrong y yo, Stan Hall, nos adentramos en la puerta auxiliar al mundo subterráneo, situada en la comúnmente llamada Cueva de los tayos.

Lo que allí sucedió no ha trascendido ni lo hará jamás. La información subió tan rápido a la cima de la pirámide sin dejar rastro del camino de subida que en seguida se volvió invisible y cancelando en el trayecto a todos y cada uno de los mensajeros, como la estela de un cohete que se difumina en el cielo hasta desaparecer. Incluso a nosotros se nos desposeyó de todos nuestros registros. Y nuestras manos quedaron vacías. Solo una copia en nuestras neuronas. Que a nuestra muerte, se convirtió en polvo.

46
Narciso habla con sus espejo desde Shambala

Es muy triste el modo en que he pasado a la Historia de la Humanidad. Que nadie sepa qué significaba el espejo en el que yo me miraba. Y es que no se puede saber porque es alto secreto. Igual que no se puede saber por qué Felipe II le regaló un espejo parecido a la reina de Inglaterra. Igual que no se puede saber de ningún modo en manos de quién acabó el espejo del emperador Hiro Hito después de la Segunda Guerra Mundial.

47
Tempohistoriadores: el origen I

LUCE EL SOL. Curiosamente, luce el sol desde el día de la inundación. Camino a pie hacia mi trabajo en la presa. A esta hora del amanecer, disfruto del camino. Estos parajes del norte de Escocia se tornan aún más hermosos cuando las brumas están en sabia retirada.

En mi mano, llevo la prensa del día. A mitad de camino, echo un vistazo y me veo en todos los titulares: "Heredero de gran fortuna" tal y cual. "Yo, Jake O'Doguerty, inocente", por supuesto. Y, casi "Héroe de nuestra localidad evita una catástrofe al...".

De lo que aún no se han enterado es de la que será la verdadera noticia bomba: "Heredero dona toda su fortuna a ... X".

Ni siquiera yo he despejado aún esa equis. Sólo sé que quiero darle todo ese dinero a alguien que no lo quiera para su lucro personal, a alguien que, con toda seguridad,

no vaya a causar ningún mal con él. Pero conseguir esto, de momento, me parece una utopía.

El paisaje deja de interesarme cuando leo una noticia que aparece arrinconada en la sección de cultura. Mis pensamientos fluyen casi sin poder terminar la lectura. Se trata de una conferencia a cargo de una historiadora, por lo que leo, algo pintoresca.

Ahondo en la noticia y veo que esta señorita intenta recaudar fondos para su proyecto, titulado *Localización de tempo-contactos de luz reflejada*.

En contra de lo que me imaginaba, no se pretende viajar en el tiempo, sino localizar momentos históricos con anomalías de tiempo-espacio.

La ambición del proyecto no se detiene ahí, sino que, por increíble que parezca, se ha propuesto, además, como objetivo, predecir la aparición de dichas anomalías históricas en un futuro próximo.

A medida que voy leyendo, me percato de que la científica parte de la hipótesis de que, en el futuro, lograremos viajar por el tiempo, y defiende que, estos viajeros, que ella llama «tempohistoriadores», han dejado rastros, huellas en nuestra historia, con sus incursiones.

Expone, como ejemplo, el caso de Julio Verne, Jules,

según ella, para los amigos. Aventura que este escritor viajó en su tiempo de vida al siglo XX, y que lo hizo en compañía de alguno de estos supuestos tempohistoriadores.

Incluso, está convencida de que ella misma también viajará al futuro en un futuro no muy lejano. *Y, ¿adónde?* supongo que, al igual que yo, se estarán preguntando ustedes... Pues nada más y nada menos que al momento de la crucifixión de Jesucristo, donde este tomará su mano.

Concluye esta científica loca, puesto que no merece otro calificativo, que la mayoría de los hechos inexplicables de la historia, como, por ejemplo, el misterioso caso del eslabón perdido, guardan estrecha relación con estas incursiones...

¡Decidido!—digo en alto— *¡Una chiflada inofensiva y un proyecto absurdo, disparatado, sin ninguna base científica! ¡Esto va a ser miel sobre hojuelas!*

48
Tempohistoriadores: el origen II

Ahora, viajo en tren, de vuelta a casa. He cumplido mi deseo. Le he donado todo el dinero. Estoy muy impactado por todo lo ocurrido.

Al contrario que yo, ella no ha mostrado ninguna sorpresa al verme. Según ella, me esperaba.

Autodidacta, como la primera esposa de Einstein, esta mujer posee conocimientos de todo: astronomía, física nuclear, física quántica, además de una gran capacidad para desarrollar tecnología a partir de dichos conocimientos. Tras su visita, entendí que no estaba, en absoluto, chiflada.

Desde la ventana, veo el paisaje correr a gran velocidad. El diálogo vuelve a mi cabeza:

—¡Te hiciste pasar por la dichosa vieja!

—Sí.

—Pero, y las voces que me decían tuya no será, ¿de

dónde venían?

—Ignoro la respuesta a tu pregunta, las otras dimensiones no forman parte de mi especialidad —me contestó encogiéndose de hombros.

Charlamos enriquecedoramente largo rato. La verdad es que sus argumentos me resultaban cada vez más convincentes.

Al despedirse, María Magdalena me dijo:

—No te preocupes por el asunto de la OPI y disfruta de la aventura en la isla de Florence. Todo saldrá bien.

No entendí nada de lo que me dijo. Estaba tan estupefacto que no conseguí articular ninguna respuesta, aunque fuera simplemente de pura cortesía.

Mientras le doy vueltas a esto en el tren, observo al tipo que está que sentado enfrente de mí.

Me disgusta su aspecto. Su cresta blanca me da mala espina. Giro la cabeza buscando algún tipo de complicidad entre el resto de los pasajeros y me encuentro con que, a mi derecha, viaja una bella joven.

Le saco tema de conversación y me entero de que es una arqueóloga muy aventurera.

Enseguida, hemos hecho buenas migas. Fijándose en

el libro que llevaba en mi regazo, se declara fan de los nanorelatos y yo, gentil, me he ofrecido a leerles algunos.

Al concluir la lectura, sin venir aparentemente mucho a cuento, me dice que está pensando en hacer un viaje. ¿A que no adivináis a dónde?

49
Facturas sin pagar

Aunque Walter Benjamin lo tiene claro, según la magnífica obra *La orden del día*, hemos viajado a la Viena de Hitler para comprobar si las compañías de gas le cortaron el gas a los judíos para que no se suicidaran o para que no suicidarán con gas, porque luego les dejaban las facturas sin pagar.

50
Diego Rivera y yo

Por aquel tiempo, los dolores ya se habían vuelto completa y absolutamente

in
so
por
ta
bles

es..pan..t-OOOOOOOSSSSSSOSSSS

y pensaba cada segundo de cada minuto de cada hora

en el suicidio.

Un día, como otro cualquiera, porque yo ya había per-

dido la noción del tiempo

un hombre llegó a la casa
vestido de gris

y pensamos: del FBI, fijo.

Se presentó como Rodolfo y dijo que venía de parte de un cliente cuya identidad no podía revelar. Y que quería hacer un encargo, que pagaría con oro o con la flor de la muerte.

¿La flor de la muerte?

Sí, una flor con el mejor aroma del mundo y que todo el que la huele, tras hacerlo, muere.

Está bien, pero el título del cuadro es innegociable: Lo llamaré *'Diego y yo'*.

51
El Hundimiento del Titanic

Se despertó y no vió nada a su alrededor. Todo estaba fundido a negro. Con las manos, tanteó arriba y abajo, a un lado y al otro. Con la esperanza de que la mente de Andrea le escuchara, Andrés dijo[1]

—Estamos encerrados en una caja enorme. Pero, mira, aquí dentro hay otra caja, la estoy palpando ahora. Hay figuras y varales grabadas en la superficie. Parece estar recubierta de metal pero sin ser maciza.

—Sí, yo también estoy sintiendo en mi mente tu tacto, mira a ver cuánto mide.

—Yo diría que como una persona tumbada.

—Estas formas que estás tocando me recuerdan a...

—¡Shhh! Estoy escuchando algo.

[1]Texto extraído de la novela para adolescentes *París, siglo XXII*, la cuarta parte de *Las inéditas aventuras de Andrés o Andrea*

—¡Pero si yo estoy en tu mente! No estoy haciendo ningún ruido.

—¡Shhh, shhh! —insistió Andrés para poder concentrarse en lo que estaba pasando fuera—. Suena como si estuvieran tratando de abrir la caja con una palanca.

¡CLOKK!¡CRASSSH!

—¡Señor Rego!

—Andrés, Andrés, llámeme Andrés, Rego es mi tío, el científico... Y usted, ¿cuál de las dos hermanas gemelas O'Doguerty es?

—Soy Ángela.

—Lo siento, pero me resulta imposible diferenciarte de tu hermana Oliveira.

—Yo soy la más guapa.

—Eso nadie lo duda...

—Deja de coquetear con ella y pregúntale cómo nos ha encontrado —le dijo Andrea por telepatía.

—¿Cómo es posible que estés aquí? ¿Cómo nos has encontrado?

—No os buscaba a vosotros, buscaba esto —dijo señalando la caja que Andrés tenía al lado.

Sin poder contenerse, Andrea habló por la boca de

Andrés:

—Se parece mucho a una foto que vi en clase del Arca de la alianza.

—Se parece, no, es. —respondió tranquilamente Ángela—. Si queréis mi opinión, tengo fundadas sospechas de que este recién estrenado barco no va a llegar vivo a EE. UU. Esta sensación de paz en el mundo es tan falsa como efímera. A estas alturas, la inteligencia del Káiser ya habrá terminado de descifrar lo que encontraron en Neuschwanstein, en el castillo del enigmático rey loco después de su asesinato. Y habrán llegado a las mismas conclusiones que yo. Y ahora deben de estar pisándonos los talones. El señuelo que les pusimos al otro trasantlántico, el RMS Olympic, no ha funcionado, según nos ha informado el conde Vlad Dracul, por lo que todo apunta a que...

—¿Eres de la Orden de Los Caballeros Tímidos, Ángela?

—¿De la qué?

—¿Tempohistoriadora quizás?

—Andrés te vió con el libro de *El Sueño de Polifilio* en Baviera, antes de que nos golpearan y encerraran aquí —aclaró Andrea hablando por boca de Andrés

—Soy una hermana de Niebla... como vosotros, supongo, ¿verdad? —sin esperar respuesta, continuó hablando—.

Supuestamente, este es el barco más seguro del mundo, pero miren lo que escribió Morgan Robertson hace unos años... las similitudes del barco de la novela con este barco son increíbles; algo huele a podrido en Dinamarca...

—¿Pero a cuál de los tres barcos te refieres, Ángela?

—Pues a este, Andrés, el Titanic, el insumergible.

—¿ESTAMOS EN EL TITANIC? Ángela, ¿qué día es hoy?

Un marinero corre por el pasillo del barco gritando como un loco:

—¡¡¡ Capitán, barco a babor!!! ¡¡¡Nos disparan!!! ¡¡¡Torpedo!!! ¡¡¡Torpedo!!!

Parte I

Siglo XIX d.c.

52
África

Hace ya mucho mucho mucho tiempo que los dioses se marcharon, y, no obstante, todavía conservamos algunos de sus costumbres como la de no ser explotados mediante el trabajo, la no existencia de dinero o la de vivir en comunidad.

Luego vinieron los hombres de corazón frío, duro y negro. Y confundieron nuestro exquisito sentido de la cortesía, nuestro lenguaje amoroso, con sumisión.

Pensaron que de buenos éramos tontos, y que por eso mismo, éramos tan fáciles de someter.

53
Niebla

Al llegar a la orilla del Sena, miró con penuria su empapado y único traje de chaqueta. Después, miró con júbilo y nerviosismo, la nave de la que se acababa de escapar. Esta se sumergió en el río, pero, al poco, se elevó de las aguas a una velocidad trepidante y se confundió con las estrellas.

Sin embargo, Julio Verne no llegó a ver esto, y apresurado como estaba, al subir las escaleras, rebotó contra una persona corpulenta y cayó varios escalones abajo.

—Jovenzuelo —le dijo el hombre corpulento mientras intentaba levantarlo— está usted en un estado lamentable.

Empapado y con todo el dinero gastado en libros y no en comida, Jules, sentía que el comentario atentaba contra su dignidad de caballero. Dolido en su orgullo, contestó de mala manera:

—De seguro, que usted habrá comido hoy bien.

–Pues sí, una tortilla a la Nantesina.

—¡Imposible! ¡En París no saben hacer tortilla a la Nantesina! —replicó Jules manteniendo el mal tono en su respuesta.

El hombre corpulento perdió la paciencia:

—Joven, está usted siendo un grosero, exijo una compensación —le dijo a la vez que le arrojaba el guante—. Mi nombre es Alejandro Dumas y le esperaré en esta dirección.

Julio Verne recogió el guante.

—Monsieur Julio Verne es el mío y allí, sin duda, estaré.

[...]

Alejandro Dumas esbozó una tenue sonrisa.

—Pues sí, joven, esta sí que es una verdadera tortilla francesa a la Nantesina, le felicito, es un excelente cocinero. Me siento totalmente compensado.

–Señor Dumas, permítame decirle que, por un momento, pensé que aquí nos esperarían los padrinos de duelo para su ofrecimiento de elección de arma y que nos batiríamos a muerte en ese mismo patio que observo ahí abajo.

–¡Ja,ja! Ya ve que, sin embargo, sólo se trataba de un duelo de tortillas.

Alejandro Dumas se quedó pensando mientras observaba cómo Jules daba buena cuenta de los excedentes que sobraron tras repartirse cada uno una generosa ración de tortilla.

—Me gustaría hacerle una pregunta, joven Verne —dijo monsieur Dumas rompiendo el silencio y la concentración que empleaba Jules en comerse la tortilla— siempre que no sea una indiscreción y tenga usted a bien contestarme.

—Continúe, señor Dumas —dijo Jules tragando rápido para no hablar con la boca llena.

—Si es tanta la fatiga que pasa para satisfacer su provisión de alimentos a diario, y si como me dice, esa es la única chaqueta que posee y es compartida con su compañero de habitación, ¿por qué no se deshace de esa magnífica pulsera que entreveo algunas veces bajo el puño de su chaqueta? Me da la sensación de que esa piedra debe valer una fortuna.

Jules titubeó para, finalmente, no decir nada.

—Observo que sí, que se trata de una indiscreción.

—No, no, no crea, señor Dumas. Lo cierto es que yo mismo, hasta ayer, también me preguntaba el por qué de no vender esta joya y salir de esta miseria que me carcome el ánimo y los huesos.

—Por tanto, todo parece indicar, monsieur, si no me equivoco, que precisamente ayer le ocurrió algún tipo de incidente que le ha provocado decidir que esa joya no está en venta. ¿Algún testamento a su favor quizás, joven Jules? —Bromeó Dumas.

—Me divierte que realice esa observación, pues casi acierta mi, espero que sea así de ahora en adelante, grato amigo. Y como las amistades se basan en la confianza, le revelaré la procedencia de esta piedra y le haré una confesión.

—Espero poder responderle en amistad y confianza.

—No me cabe duda, señor Dumas. Pues bien, entenderá por qué me divertía su comentario. La joya procede de la portada de un libro; para ser más preciso, un libro testamentario que se llama *El testamento de la Marquesa d'Hautpoul*. La joya que a usted le ha llamado la atención se hallaba encastrada en la portada del libro. Hasta ayer, era del mismo color que la portada del testamento, negra.

Alejandro dumas intentó ocultar un poco su sorpresa cuando el nombre de la Marquesa de d'Hautpoul llegó a sus oídos. Tardó tan solo unos segundos en recomponerse, y parecía haber tomado en ese tiempo una determinación, puesto que le lanzó a Jules esta esta extraña pregunta.

—¿Qué puede impedir que en plena claridad de la luz

del día tenga algo delante de su ángulo de visión y, sin embargo, no lo vea?

Jules se sintió como un niño pequeño y no supo ni cómo ni por qué contestó fuera de su voluntad:

—¿La niebla?

Dumas le acercó la mano y dijo:

—¿Puedo?

Como si no dependiera de él, Verne consintió. Dumas cogió la piedra y se quedó mirándola hipnotizado, como si estuviera delante de un diamante de la reina Isabel de Inglaterra:

—Así es, hermano, a partir de ahora, querrás descifrar la historia y siempre siempre pensarás en Niebla.

Siglo XVI d.c.

54
Cervantes sobre Cristóbal Colón

1575 d.c., Turquía.

Desconfía de un caballo, cuando estés detrás.
Desconfía de un toro, cuando estés delante.
Desconfía de un cura, estés donde estés.

55
Da Vinci

Recorrí los lugares sagrados buscando ese paisaje que estaba fijo en sueño noche tras noche. Tal era la poderosa atracción que la piedra cátara ejercía sobre mí, que me llamaba desde el corazón de la montaña. Así que cuando llegué a Montserrat sabía que mi destino estaba a punto de cumplirse.

Siglo XV d.c.

56
Velas templarias

Porque, cristianíssimos y muy altos y muy excelentes y muy poderosos príncipes, rey y reina de las Españas y de las islas de la mar, nuestros señores, este presente año de 1492, después de vuestras altezas auer acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, adonde este presente año, a dos días del mes de enero, por fuerça de armas vide poner las vanderas reales de vuestras altezas en las torres de la Alfambra et luego en aquel presente mes, por la información que yo avía recibido de los pobres caballeros de cristo encontradas en el templo del rey Salomón y dado a vuestras altezas de las islas de India y tierras de Argentum y de uno príncipe que es llamado Gran Maestre, que quiere dezir en nuestro romance maestro de los maestros, vuestras altezas, pensaron de embiarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de islas de India para uer los dichos caballeros del Temple, y los pueblos y las tierras y la disposición de ellas y de toda la abundante

plata y la manera que se pudiera tener para seguir con la conuersión de las nueuas tierras a nuestra santa fe abandonadas por los monjes guerreros. Y ordenaron que yo no fuesse por tierra al Oriente, por donde se costumbra de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta oy no sabemos por cierta fe que aya passado nadie que no supiera lo que yo sé. Así que, después de auer echado fuera la nao y dos carabelas, en el mismo mes de enero, mandaron vuestras altezas a mí que con esta armada suficiente engalanadas bien visibles con vela en cruz patada del santísimo Templo me fuesse a las dichas partidas de Argentum.

57
2012: El fin del mundo

1491 d.c.

Me acerqué al maya, que afanosamente trabajaba tallando un calendario.

—¿Qué haces, amigo mío? —le dije.

—Escribo lo que me enseñaste, mi querido Noól Etail. Son todos los días hasta encontrarnos de nuevo en el centro del plano de la galaxia, ese día que tú numeras con este dibujo.

El maya dibujó 2012 en la tierra junto a la piedra que tallaba.

—Ahora vienes de allí, ¿no?

Asentí con un monosílabo para no perturbarle mientras esculpía, concentrado, la piedra. Aún así, mi amigo quiso hablarme:

—Me ha gustado eso que me contaste de la Navidad.

Creo que en el fondo están hablando del espíritu de K'uh Yéetel Yuum Tsilo'ob, nuestro universo, y de Hunab Ku, el dador de vida. Lo que no entiendo es por qué estos hombres del 2012, que aún guardan el espíritu en su ser, solamente la celebran una vez año, cada Haab.

Se detuvo para alejarse un poco y observar el resultado de su maestría. Luego, siguió hablando:

—Es más difícil acercarse a Ah tabai, el que no aporta. Todos, y creo que esos hombres del futuro también, intuimos, conocemos con nuestro corazón, cuándo nuestro pensamiento alberga buena intención y cuándo la mala intención es la que alberga nuestro pensamiento.

El maya volvió a parar para observar de nuevo la obra y tuvo a bien darle algunos retoques más:

—Todos tenemos en nuestro interior la certeza de que sólo la buena intención obra a favor de la dicha; y la mala intención, a favor de la desgracia. La celebración de la Navidad no es suficiente para recordar esto. Estos descendientes del hombre, en el 2012, me entristecen. ¿Tan engañados están como para amar sus propias cadenas, creadas por un puñado privilegiados que los dominan...? —se tomó un momento de reflexión, sin golpear la piedra—. Aún así, creo que el espíritu de K'uh Yéetel sigue resistiendo en ellos... Eso que me contaste del día de los inocentes

me pareció curioso, un resquicio donde encontrar alivio a través del humor.

—A ti te encantaría —afirmé, conocedor de su afición a las bromas.

—Terminado. ¿Qué te parece?

Sí, ciertamente era una gran obra. Me quedé un rato mirándola y encontré la respuesta que buscaba:

—Has escrito aquí abajo que en este día se acaba el mundo —le dije esperando una aclaración.

—Así es. Pero, mira, he añadido siete días en tu honor. Creo que sabrán interpretarlo —y emitió esa sonrisa vergonzosa que prorrumpía en su rostro cuando su intelecto dejaba paso a alguna chiquillada.

Le iba a decir que no, que no supieron interpretarlo. Que no sumaron siete días al día veintiuno de diciembre del 2012.

Tampoco le dije que en esa fecha el ser humano ya había dejado de amar sus cadenas, que en tan solo un año, había derribado la estructura piramidal, y que ahora todos disfrutaban de un horizonte auto-organizado bajo la responsabilidad de todos.

Tampoco le dije que el dienro había perdido todo su sentido y que estaba a punto de desaparecer. Como una

reliquia del pasado, la gente lo enmarcaba, o se lo serigrafiaba en las camisetas, como lo hacían con los faraones de Egipto. Las monedas también empezaron a guardarse en los museos, algunas de ellas, ya estaban consideradas como objetos artísticos en algunas zonas del planeta.

Este mundo, habitado por hacedores de felicidad, ya era otro. O al menos eso creíamos nosotros... hasta que las bombas...

Pero no. Nada de esto le dije. Bien callado, respondí a su sonrisa con otra inocente.

SIGLO XIII d.c.

58
Una pira para los cátaros

16 de marzo 1244 d.c.

El resplandor se observaba desde la ciudad de Tolosa. Mujeres y hombres, hombres y mujeres caminaban voluntariamente hacia la pureza, la luz del espíritu, la perfección del alma. El alma como el único sustento por el cual les era merecedor el hecho de existir. Nada de carne, nada de violencia. Amor, solo amor. Mujeres buenas y hombres buenos regando a sus creyentes con el consuelo. Solo cuando su vida se acabara encontrarían la salvación. Hombres y mujeres puros, de la mano, juntos promulgaban el desprecio de lo material, la exaltación de la vida austera. Y así, entre las llamas de las hogueras, puestas por aquellos que se creían cristianos, las vidas de los y las herejes buenas, puras y puros, pacíficas y pacíficos, amantes de Jesús y de su amor llegaron a su fin.

Y la pérdida de los cátaros supuso también una gran

pérdida para la humanidad al completo, la de ese tiempo y la de todos los tiempos que vinieron a continuación, porque con ellos, se perdió la esperanza de un modo de vida basado en al amor, en la igualdad entre hombres y mujeres, la esperanza de una humanidad desapegada de lo material, entregada al cultivar las rosas rojas del corazón, de la vida interna, de la fuente de la felicidad.

Pero como ninguna pérdida es en vano, tampoco el sacrificio de la comunidad cátara lo fue. Ellos murieron para que cuatro de ellos vivieran. Y gracias a ellos, el tesoro de los cátaros, herencia de María Magdalena, se mantuvo indemne. Escondido ahora en otro lugar secreto e inaccesible, a buen resguardo, para que ningún Napoleón, ni ningún Himler pudiera descubrirlo a pesar de sus denodados esfuerzos por poseerlo.

El secreto de los cátaros, recibirá mil nombres a lo largo de la historia, el cáliz del espíritu, el nirvana del pentecostés, el sumo conocimiento, la muerte del animal violento, la paz, el consuelo, la perfección, la catarsis, pero solo nosotros, la humanidad de Un Súper Mundo Feliz pudo verlo y tocarlo con las manos.

AÑO 0

59

Jesús de Nazaret, the influencer

De donde vengo, me dijeron de todo.
Pijo, malcriado, niño de papá, yuppi, hippy, nómada...
Ahora, soy un zelote, un come leprosos, un hijo de mal fariseo.
A mi derecha, mi madre, María, sin pecado concebida.
Es una invisible.
A mi izquierda, en la última cena, mi amor, mi Ella, Alexia.
Y una ausencia, Judas, mi leal amigo.
Desobedeceré a Noé,
y predicaré la llegada de un mundo sin dinero,
El agua en vino
La piedra en oro
Un pez en mil peces Un pan en mil panes
¿Quieres saber cómo lo conseguí?
Sígueme.

60
El misterio

CAMINABA CABIZBAJO, pensativo.

Abstraído por la incertidumbre de lo que le habría de venir, dialogaba con su pensamiento sobre los grandes hechos acaecidos:

¡Esta boda debería haber sido también bendecida! Espero que se me ayude a realizar semejante odisea.

El hombre miró a su compañera. Una mujer, a lomos de un cuadrúpedo, abrazaba con ternura a un bebé.

Al menos, ella sonríe; la pobre criatura sigue llorando, pero está bien.

Las dunas recortaban las sombras de ambas figuras a la caída del sol. Las pirámides ya despuntaban en el

horizonte.

Al alba, estaban en Gizeh. Un anciano amigo los esperaba frente a su jaima:

—¡Toma, Gaspar! ¡Te doy en custodia El Santo Grial, protégelo y ocúltalo!

—Bienvenidos seáis —dijo Gaspar—, Magdalena, baja del camello, pasa y acomódate. Dejadme que arrope a esa niña que es cáliz de nuestra alianza y que, por su vida, corre la sangre de nuestro Cristo. Yo la protegeré y ocultaré. Por más que el propio diablo la busque entre las almas de los mortales, nunca encontrará la sangre de su descendencia.

-20 a.c.

61
Babel: hora de escribir

Yam y yo nos miramos. La lluvia casi no nos permitía ver y el suelo seguía temblando. Había que proteger la única central que se mantenía en pie y había que hacerlo a toda costa de lo contrario acabaríamos sin comunicaciones. Hacía ya tiempo, siglos, que dejamos la comunicación verbal; y la escrita, también había dejado de ser necesaria, incluso si nuestra presencia era cercana como ahora. Para hablarnos, usábamos nuestra música (era así como llamábamos a nuestro lenguaje), que sonaba en la cabeza de quien queríamos cuando queríamos; y esto era gracias a esta central, que ahora intentábamos proteger de la inminente catástrofe que se avecinaba.

Contábamos con Baal, que desde las colonias exteriores, se había colocado en órbita sobre nosotros. La idea era colocar con suficiente altitud la gran pica de la central y ascenderla hasta los cielos para que la colonia en órbita se

hiciera cargo de ella y así poder evitar la inestabilidad de las aguas y del terreno. Para ello teníamos que asegurar la base con grandes, muy grandes, bloques de piedra. Yam y yo apartamos nuestras miradas, comprendíamos que no nos quedaba otro remedio que él se convirtiera en gigante para transportar las piedras y comprendimos que si no teníamos éxito, él no podría volver a su natural tamaño humano y que encima no podríamos comunicarnos más de esta manera, como habíamos venido haciendo hasta ahora.

Si lees esto es que el plan salió mal y tuve que dejar este testimonio escrito. Nos llegó de nuevo la hora de escribir.

Cogí la tablilla con el texto, podría llevar aquí miles de años. Como iba vestida de sacerdotisa de Venus del templo de Heliópolis, pude esconderla entre los pliegues de la túnica. Ahora, que estoy en tiempos de la Roma de Augusto y a los sacerdotes de este templo no les gustaría ver que me llevo estos escritos. A mí no me cabe duda: este es el lugar antes conocido como Baalbeck, en honor a Baal y bíblicamente como Babel, la torre de Babel, la torre que nunca se pudo erigir.

-1000 a.c.. Continente americano.

62
American Gods

Hace tiempo que los dioses ya se fueron, aunque tardaron más en irse que en otras zonas del planeta y eso es porque dicen que muchos se refugiaron aquí, que algunos entraron por la cueva de los Tayos, y que tardaron más en salir que el resto.

Aún así, a pesar de su marcha, conservamos aún muchas cosas del estilo de vida, de la cortesía, de la forma de comportarnos. Los colonialistas lo interpretaron como una forma de sumisión, y dijeron que estábamos a punto de caramelo para dominarnos.

-1351 a.c.

63
ATOM-O

—Dime padre, ¿porqué tiene esta pirámide pasillos internos?

—¡Ja, ja! Pequeño Tut, cabes por ellos sin agacharte.

—¿Quién hizo esto, padre?

—Dicen que fueron nuestros ancestros.

—¿Y el faraón de todo el Egipto no lo cree también?

—No, no... Ahora sabemos ¿verdad? —se dirigía no a su hijo sino a los dos sacerdotes levitas que les acompañaban. —Lo hicieron los ancestros de tus ancestros: los dioses.

Llegaron a la cámara del rey. A un lado de la cámara se veía lo que en apariencia parecía un sarcófago. En su interior, un arca de madera de acacia forrada en oro. Los sacerdotes levitas se apresuraron a colocar sendas barras de oro en las argollas destinadas para su uso a cada lado del cofre. De esta manera el Arca de la Alianza emergió de

su habitáculo de piedra.

No sin dificultad, la comitiva salió al exterior. Una muchedumbre les esperaba en la explanada de la gran pirámide. Entre vítores y gritos de *Larga vida a Akenatón, faraón de todo el Egipto* asió a su pequeño hijo por los hombros y le dijo con gravedad:

—El arca se moverá y no les va a gustar a los sacerdotes del templo del León. Te dejo aquí con tu madre para que protejas nuestro buen nombre. Recuerda, hijo, nunca cambies tu nombre de Tutankatón por Tutankamón.



-5000 a.c.

64
BELCEBÚ

BELCEBÚ, ASÍ ME LLAMÁIS, ¿no es cierto? Y también de otras maneras, que lo sé bien...

Yo aparezco en todas vuestras religiones. En todas, sin excepción, soy el personaje principal...

¿Y sabéis por qué? Porque soy EL MAL.

«O MAL ARA RODA LIVRES LE EDAD A GILBO ARENA MAL SE.»

Os suena, ¿verdad?

Hoy, me he metido aquí, en tu realidad, en tu mente, porque quiero contarte una cosa, un secreto.

Por fin sabrás que soy tres de vosotros a la vez, y que, desde la intervención, el momento en que vosotros aparecéis en la tierra, me he llegado a reencarnar un total de seiscientas sesenta y seis veces. Este es mi castigo. Pero no me importa. Yo me basto y me sobro para amargaros

la existencia.

Solo tengo que escoger bien los tres frentes (uno para cada persona), dar leves toques aquí y allá, y, después, vosotros solitos hacéis el resto.

No es por gusto, no creáis, al menos, no del todo; es mi obligación y vuestra maldición. Lo hago para demostrarle al Todo que tengo razón, que el mal es intrínseco a vuestra naturaleza.

Debéis saber que lo mismo me da estar encaramado en la más alta de las cúpulas, que apartado en una humilde y sabia montaña, o bien desperdigado, ocioso, en mi lujosa casa de recreo de blancas columnas... No importa el lugar en el que esté porque siempre veré lo mismo.

Os veo a vosotros, obsesionados por la supervivencia, egoístas, abusivos, absolutamente despreciables. "La ley del más fuerte", ¿no es así?

Por un momento, pensé que ese tal Darwin me había calado, pero no. Creía, el muy zoquete, que la ley del más fuerte era obra de Dios... pobre diablo.

Todavía no habéis caído en la cuenta de que las dos leyes de la supervivencia (sobrevive y procrea) se contradicen entre sí.

Permitidme iluminar vuestro corto entendimiento con

un sencillo caso de uso. Veamos.

Si solo existiese un hombre y una mujer sobre la faz de la tierra y solo hubiera comida para uno de los dos, ¿qué haría el más fuerte? Según el señor Darwin, encaminarse de forma inexorable al fin de su especie. Pero, si es así, entonces, no se reproduciría, con lo que debería dejarle la comida al más débil...

¿Veis ahora, atajo de híbridos, que es cosa mía y no del maestro? Soy más listo que el hambre; aunque de sobra sé que, a pesar del gran protagonismo que ostento, no estoy aún lo suficientemente reconocido en vuestras religiones. Pero ya llegará mi hora...

Entretanto, a modo de venganza, y también por divertimento, os tengo dando vueltas de aquí para allá todo el día, os re-encarno una y otra vez en las criaturas que se me antojan (menos en delfín, odio a los delfines, son la puerta), y solo cuando, de verdad, me enfado, os hago humanos. Es lo que yo llamo La Gran Prueba.

En La Gran Prueba, algunos de vosotros habéis logrado conseguir consciencia suficiente como para pensar a la vez en las dos leyes como si fuera una sola. Y es que están esos malditos portadores del santo grial contaminando mentes aquí y allá solo para jorobarme.

Cuando veo que vuestra mente se llena de amor, y que ya

no pensáis en sacrificar al otro para asegurar vuestra vida, os abandono a vuestra suerte, dejáis de ser un argumento convincente para que el Todo vea que él también es malo, destructivo, como yo, tan malo como los frutos que salen de él.

A pesar de ser muy viejo, tengo el tiempo en mi mano, y volando por él buscaré, alma por alma si es necesario, la cepa contaminante.

Y cuando la encuentre, la arrancaré de raíz para que nunca más vuelva a existir. Este es mi reino, mis tierras, mi cortijo. Hago y deshago por doquier.

Ah, ¿pero que tampoco sabíais que la tierra era el infierno? Qué fácil es engañaros.

-6000 a.c.

65
La gran guerra

Melquetrec me despertó de la manera acostumbrada: de un chamarrón en el brazo.

—Vamos, extranjera, hoy es el día para demostrar de qué lado estás. Aunque no creo que estas armas secretas tuyas valgan hoy de mucho.

Abrí los ojos y observé cómo todos sus hijos e hijas andaban poniéndose los protectores y repartiéndose las espadas.

—La piedra celestial se ha agotado. Es ahora o nunca —decía Melquetrec—. Esta es nuestra arma secreta, toma, esta vez te será necesaria, extranjera.

Melquetrec me dió una espada. De hierro. Hierro meteórico. *La he hecho ligera para ti*, me dijo. Llevaba su emblema: una llama de ardiente fuego en su empuñadura, el símbolo de la promesa de sus dioses amigos; promesa mantenida con él y con todos los ciudadanos de la región

de Filón.

—A pesar de ser tan fina, no se te romperá —me aseguró Melquetrec.

La cogí con las manos, la tanteé un poco, me quedé observando el emblema y le miré a los ojos. Sabía que debía considerar un honor portar el emblema de Filón en mis manos.

—Ahora eres una de los nuestros —dijo sabiendo que yo había entendido lo que significaba portar la llama ardiente.

Pero yo no era una de los suyos, ni era mi cometido participar en la guerra de ningún bando.

Mi arma secreta consistía en un spray ambientador (había olores para los que no había sido entrenada), un mechero y un espejo. Poco, pero suficiente para que vieran la llama ardiente en mí cuando vine. Poco, pero suficiente para quitarles la idea de la cabeza de matarme, aunque no lo hubieran conseguido, pero eso yo solo lo sé. Mi verdadera arma secreta solo la verían si mi vida corriera peligro.

Cuando salí de la cabaña, entendí la magnitud de la confrontación que nos esperaba. Miles de hombres y mujeres se habían estado uniendo durante el amanecer a todos los que ya estábamos acampados.

Enseguida empezamos a marchar sin ningún líder que

nos comandara, ni estrategia militar ninguna. A estas alturas, ya se sabía la hora y el lugar para que los filones y los nefilim, ambos con sus dioses, midieran sus fuerzas en un combate a muerte. La hora, el primer rayo que alumbrara al León. El lugar, la meseta de Giza.

LLegamos a la meseta y por primera vez lo vi. Una colosal estatua de león recibía a los magistrales templos. Nada de faraones, nada de pirámides. Los sacerdotes salían corriendo en estampida de los templos; unos huían entre los árboles de la sabana; otros se refugiaban, sin embargo, en su interior, porque allá, al otro lado de la meseta, otro ejército tan numeroso como el nuestro, o más, surgía a nuestra vista.

Era cierto lo que Melquetrec me decía, y lo que contaban las leyendas. Eran GIGANTES.

Desde la lejanía, diría que los más grandes alcanzaban unos ocho metros; no más de dos metros y medio, los más pequeños, y de tres a cinco metros, la mayoría; también había muchos hombres normales entre ellos.

—Son grandes, sí, pero cuanto más grandes, menos frente —. Me dijo Melquetrec señalándose la suya —ya no les tememos. Nuestros dioses nos dieron el secreto de la llama eterna.

La llama eterna, pensé, traída desde las lagunas del

arábigo, el petróleo.

Me fijé en los gigantes, armas de piedra y madera, a ellos sus dioses no les dieron el secreto del fuego eterno, no podían forjar metales.

Los dos ejércitos se frenaron. Un kilómetro distaba entre ambos contendientes. Era el momento de la batalla. Un silencio sepulcral se instaló en la meseta. Podía escuchar los pájaros. La tensión era total. El sol estaba a punto de iluminar la melena de León.

Mis ojos se van, como los de todos, a la estatua.

Delante del León, observo un anciano.

Juraría que sonríe.

De sus blancos ropajes, saca una flauta, la toca y mira hacia arriba.

Todos, también los gigantes, miramos.

Un millón de piedras penden en el cielo sobre nuestras cabezas.

El anciano acaba su cantinela y las piedras caen al mismo tiempo que el primer rayo de sol incidiendo de la melena del león.

Yo me quedo ensimismada mientras todos empiezan la pelea.

Observo atónita cómo las piedras al caer van rodeando los templos del León, construyendo las pirámides, protegiéndolos con un manto de piedra.

—¡Estoy asistiendo a la construcción de las pirámides! ¡Y se están forjando en pocos segundos!

La caída de una piedra en la cercanía, grande pero tosca y burda, tirada por los gigantes, me dirige la atención hacia Melquetrec y sus hijos, que esperan impacientes a que los arqueros prendan sus flechas impregnadas en brea.

Los gigantes se acercan dando unas zancadas que suenan terribles. El fuego pasa por nuestras cabezas en dirección hacia ellos. El fuego es efectivo, los cueros de sus ropajes prenden y los más adelantados caen, pero son más, muchos más, los que van comiendo terreno hacia nosotros. Mi ambientador y mi mechero se convierten, unidos, en un lanzallamas.

Antes que los árboles de la cercanía prendan, me da por mirar a la cúspide, que es de oro.

Y el viejo está allí.

Ha visto la gran llamarada que he provocado.

He llamado su atención.

Caos, humo y fuego que algunos gigantes atraviesan prendidos en llamas.

—¡Cortarles el talón! Son presas fácil.

Hay tanto humo que no veo que la masa colosal de un gigante está a punto de aplastarme, pero no. Este gigante parece de los nuestros, y en su hombro, está el anciano, que indignado me dice:

—¿QUÉ HACES AQUÍ? —me espeta mientras me agarra por el pectoral y me zarandea —ESTE NO ES TU TIEMPO, dime, ¿vienes por el plan? ¿Eh? ¿Vienes por el plan?

Le digo que no y es cierto. No tengo ni idea de a qué plan se refiere.

El anciano mira al gigante y le dice:

—¿QUÉ HACES? ¡CORRE! ¡CORRE! ¡CORRE! ¡SÁCANOS DE AQUÍ!

Es entonces cuando me doy cuenta de que no solo en la tierra, sino también en el cielo, hay una batalla campal.

Son los dioses de uno y otro bando los que luchan allá. Pero yo solo veo hombres con curiosos ropajes, y con tecnologías raras que desbordan mi imaginación. Unos, con alas; y otros, sin ellas. Todos vuelan sobre nuestras cabezas y se disparan y atacan entre ellos.

Nos alejamos cada vez más. El gigante avanza con grandes zancadas. Ahora, ha parado y toma resuello. Todos

miramos hacia atrás.

Ya sólo se entreveen las cúspides de las pirámides de Giza envueltas entre polvo y humo.

—¡No es suficiente! Sigue, Gálotra.

Me doy cuenta de que es giganta, y no gigante, y sin aliento aún, se dispone a proseguir.

El anciano la para.

—Espera.

Se pone la mano en el entrecejo para evitar la luz del sol. Yo también lo he visto. Un pequeño destello en el cielo perteneciento al casco de una figura que se nos acerca volando a toda velocidad.

—Miguel, no lo hagas —dijo el anciano.

—Lo siento, Matu de Salem —dijo la figura con el casco y el traje ajustado.

Miguel le lanza un rayo que hiere de muerte al anciano. Luego, lanza otro contra mí, pero yo lo reflecto con mi pequeño espejo y el que muere en el acto es él.

Con cariño, la giganta Gálotra recogía en sus brazos al anciano Matu de Salem moribundo. Aún así, me habló:

—Creo que eres de las que ven en la niebla. Si viajas atrás, ve a la isla de Jiva. Si quieres volver a tu tiempo,

desde la cima de la pirámide podrás volver. Gálotra te cuidará y te protegerá. Toda esta batalla, todas sus muertes, van a ser en vano. La destrucción va a ser inminete. No llores, Gálotra. He cumplido mi cometido. El saber está protegido. Ahora ¡CORRE!

Dejamos en tierra a Matu y la giganta comenzó a correr hasta que un sonido secó me hizo caer de su hombre y rodar por la arena.

Después, viento, polvo y arena, mucha arena.

Cuando recuperamos la consciencia, vimos atónitas que lo que antes era un vergel, un paraíso, ahora era sólo desierto.

-7000 a.c.

66
Edipo y Yocasta

Cuanto sentimos los tempohistoriadores en lo más profundo de nuestra alma destruir hasta hacer añicos la metáfora del *Complejo de Edipo*. No quisiéramos con ello, por nada del mundo, echar para atrás la *Teoría del psicoanálisis*, tan necesaria en su tiempo, para el despertar a la consciencia de la humanidad nada más ni nada menos que esa cara oculta de la luna que era el *inconsciente* en ese tiempo, y que ahora, a un ritmo vertiginoso, en Un *Súper Mundo Feliz* estamos tratando de traducir a algoritmos basados en la *Teoría de la complejidad*.

Pero lo cierto es que la verdad siempre es inevitable. Y más en nuestra cultura, donde la verdad, al igual que la palabra, es lo que más valor tiene.

Y sí, qué podemos decir, que Edipo existió realmente, y que, por su puesto, su madre también.

Y sí, es cierto, como narran excelentemente los griegos,

que él, al ver a su madre, joven y lozana, que pareciera que tuviera su misma edad, se vio en ella reflejado, e isso facto identificado, y como el amor en esa época ya no era lo que era en los tiempos de la pre catástrofe, fue que cayó perdidamente enamorado.

Pero lo que no se cuenta en el mito, quizás porque se haya perdido en la quema de la biblioteca de Alejandría, adonde todavía no se ha podido llegar, (bueno, sí, pero no hemos podido llevar un digitalizador de textos), es que Edipo seguía envejeciendo mientras su madre, que ahora era su esposa, seguía joven y lozana como el primera día que la conoció y se enamoró de ella.

Y es por eso que comenzó a levantarse un rumor cada vez más fuerte de que la madre de Edipo venía de los dioses, pero que Edipo, su hijo y su marido, había sacado la herencia del padre, y que si Edipo hubiera sido Edipa, probablemente el paso del tiempo no hubiera ajado su piel tersa, ni hubiera arrugado sus manos ni el esplendor de su musculatura.

Y como estuve allí largo tiempo haciendo otro tipo de comprobaciones, fui avisado de la muerte de Edipo, y cuando llegué a su velatorio, su madre me miró y me preguntó con los ojos arrasados de lágrimas y la voz desolada:

—Es imposible, es imposible, es imposible, esto no de-

bería pasar, no debería envejecer así, tan pronto, no puede morir, así, tan de repente... —repetía una y otra vez.

Me acerqué a ella, mirándole fijamente a los ojos, metí mis manos entre su cuello, y le sujeté la cara. Al sentir el calor que desprendía el amor de mis manos, sintió un momento de alivio.

—¿Por qué dices que no puede pasar? —le pregunté con mirada penetrante.

Y como si llevara un secreto guardado en el corazón y, de tanto peso, lo vomitara por la boca, dio un grito desgarrador:

—¡Porque lleva mi mitocondria!

Y tras esto, saltó por la ventana de la gran torre, al vacío, pensando que así acabaría con su trágica vida para siempre.

-8000 a.c.

67
El hilo de Ariadna

Quien no lo conoce, no lo ve; eso es lo que le dije a Teseo y Teseo, el pobre, en efecto, no lo veía, lo tocaba, pero no lo veía.

Qué bello se ponía cuando no comprendía algo. Estaría besándole, abrazándole, mirándole, admirándole la vida eterna, solo quiero estar con él, pienso en él a cada segundo, y ya nada me entretiene, salvo estar con él.

Perdida, loca, elevada, subida, siento que me nacen las alas como a Icaro, siento que puedo hacer cualquier cosa, por él, para él, porque él es mi, me, conmigo, él lo es todo y por eso, le di el hilo invisible.

El hilo invisible, que estaba escondido entre muchos de los baúles que la tatatarabuela traía de Egipto, cuando iba allí a pasar las vacaciones, y mucho antes de que perdiéramos el contacto con esta tierra.

-9.500 a.c.

68
La post-catástrofe

El tiempo. El tiempo es solo cuestión de sol, luna y estrellas. Y ahí adentro no hay ni sol ni luna. Aquí afuera tampoco. Aun así, me gusta venir hasta aquí y asomarme. A la luz, a la luz verdadera. Ahí dentro, la oscuridad es casi igual, pero no es lo mismo, porque no es natural.

Según los nuevos cálculos de Noé, ahora son doscientos los años que faltan para que podamos salir. Hace una semana eran trescientos y tres días doscientos diez. La madre naturaleza se recupera de la catástrofe con avances y retrocesos. No tiene que ser fácil.

Y es verdad que aquí la cosa va lenta, pero estoy segura de que en el Raneo, mejor dicho, los Medita-Raneo, los antiguos mares del equilibrio, dentro de poco estarán preparados para nuestra vuelta. Aquí la montaña ya está seca, y el mar y los pantanos ya ni se divisan.

Soy Isa-Mi ADN, habito en el búnquer D Zona Centro-

centro del norte. Tengo 179 años solares pero tan solo 10 años de edad biológica, y esto es para que aún pueda tener vida por delante si los acumuladores de energía se agotan y no ya sea imposible regenerme.

Tengo un hermano gemelo. Bueno, yo lo llamo así, pero en realidad, estamos simplificados. Aunque solo yo, por ser un puedo trasmitir el gen mitocondrial. Otro plus de seguridad más, por si al final, terminamos siendo solo biológicos.

Tengo un secreto. Un secreto grande, un secreto que nadie sabe.

Y este secreto no es este, el que haya encontrado una salida natural al búnker por este camino de oquedades por los que solamente el cuerpo de un niño puede pasar. No. Este es un secreto pero no es mi gran secreto.

Mi verdadero secreto tiene nombre y se llama RRO-PA.

69
Rropa

Y en busca de RRO-PA he venido a parar aquí, donde quizá muera. Una mala pisada, sobre un falso hielo, ha hecho que resbalara por una mala pendiente. El CEI que traía para ella es lo que me está salvando la vida. De momento.

Y ahora estoy aquí, sola y abandonada. Como lo estaba RRO-PA cuando la encontré, temblando de frío como yo ahora, con hambre, y con su familia perdiéndose en la lejanía, en busca de sitios sin hielo y con más caza.

Y cómo lloraba la pobre... lloraba que te partía el corazón. Parece que decía no me dejéis aquí sola, yo no tengo la culpa de ser hembra, de ser más pequeña que la media, no me dejéis a mí, y a los cachorros que están por venir, aquí, en medio de la nada.

Sí, Rro-pa va a tener cachorritos, ¡biológicos! Nunca he visto un nacimiento biológico y me parece un auténtico

milagro.

Pero ahora yo tampoco me puedo mover, y trató de pasar el tiempo recordando la primera vez que la vi, y los ratos que hemos pasado juntas, de cómo me hacía cosquillas en las manos con la lengua mientras comía la carne que le traía. De su olor, de cómo la abrazaba contra mi pecho, y me hundía en su mullido pelo blanco.

Y no me duele haber cogido CEIS de más del almacén para poder mantenerla en calor. Y solo lamento no haberme traído mi piedra, para poder pedir auxilio. Los exploradores salen todos los días para inspeccionar el terreno y coger muestras que luego le enviarán a través de las mesas a Noé.

Adiós al refugio, a mis padres, a mi simplificación. Adiós a mi futura vida en el exterior, en para-Isa y, sobre todo, adiós a RRO-PA, porque ella depende de mí. Lo siento, RRO-PA...

70
En base a amor

¿RRO-PA?

...

¡RRO-PA! Sí,sí, son sus aullidos.

La luz inunda los hielos. A contraluz, veo las alas de sus trajes; sin duda, son los exploradores XIS-AEL y RIO-DA. Me han encontrado. Lloro.

Están muy sorprendidos. XIS-AEL me dice:

—¿Cómo estás? Te hemos traído un traje. Tu simplificación ha intuido que estabas en peligro y que estabas fuera. Nos dijo que siguiéramos un aullido que sonaba en su cabeza. No estábamos muy seguros, pero aún así...

RRO-PA salta de los brazos de RIO-DA hasta mí y comenzó a darme lametazos.

Al ver la escena, RIO-DA me dice contento:

—Pobre animal, ha estado a punto de morir congelada.

No paraba de aullar en la entrada de este pozo de hielo. Será mejor que lo llevemos con nosotros al refugio. A saber cuántos CEI habrás gastado.

Sentí que me estaban diciendo que no tenía remedio, pero mientras abrazaba a esta preciosa loba blanca y me sumergía en su frondosa piel, les dije:

—¿No es esto lo que siempre me habéis estado enseñado? ¿Que no existe energía más poderosa que el amor?

-10.000 a.c.

71
N.O.E.

No tiene un gran tamaño.
No es de madera.
No es un arca.
No contiene una pareja de cada especie.

Es un cubo gelatinoso cuyo tamaño varía.
Es una inteligencia artificial biocuántica.
Es la esperanza de la humanidad. Es un plan.
Es un banco de datos que contiene toda la información genetica individual de más de un trillón de especies incluidos todos los seres humanos.

No y Es. Organización
Natural Organización Especímenes.
NOE.

72
La catástrofe

La tensión iba en aumento. No es que ya fueran los oráculos los que hablaban de la catrástofe, es que el mundo animal llevaba ya muchos días, incluso semanas muy revueltos. Todas las especies que tenían lenguaje hablaban de un evento que les alteraba, y grandes poblaciones de animales, incluso de insectos, se desplazaban hacia las zonas más altas. Cuando ya fue inminente, corrimos volando a refugiarnos en las cimas de las montañas, y los que no volábamos, y no teníamos un traje cerca, en carros de fuego, tratamos de llegar a las puertas de los bunkers, antes de que se cerraran definitivamente. Los del agua crearon potentes burbujas de resistencia, pero para muchos de nosotros fue demasiado tarde.

A un trillón de años luz

73
Lucha eterna

¿Para qué tanto espacio, si la mayoría de los seres no llegan más allá de sus alrededores? Son simples motas en la jaula del infinito.

¿Para qué tanto tiempo si la mayoría de los seres ocupan un efímero período de existencia? Son chispas apagadas del fuego eterno.

¿Para qué tanto dolor en el enfrentamiento entre los que reinan la oscuridad y los que crean la luz?

Nada o algo, una lucha eterna que se libra con la razón o el instinto, con lo material o lo inmaterial, y que no tiene sentido para LOS SERES DE LUZ.

74
Luz

Esos supremos adoradores de la Nada no tenían piedad alguna con los sin sentidos y, al parecer, nuestro Algo, nuestro diminuto universo, no lo tenía.

Los No Seres habían vencido y empezaban a destruir la Galaxia Central, atacaban desde su entrañas hasta convertirlo en Nada. Desde todos los rincones del universo, los seres de luz habían venido a evitarlo, sin éxito.

Derrota.

Preocupados, pensativos...

Sabían que la pradera, el templo, las fuentes y las acequias, los arroyos no eran tangibles.

Sabían que ellos mismos, al igual que la pradera, el templo, las fuentes y las acequias no era más que una creación de su propia luz, de su imaginación compartida.

Preocupados, pensativos...

Sabían que no debían quedarse allí pues su supervivencia sería entonces inútil.

Preocupados, pensativos...

Decidieron ocultarse en el vasto plano de la materia y la energía oscura.

Allá, en un lugar último, remoto, recóndito e inimaginable para los constructores de la destrucción, y donde estos, los vencedores, nunca irían a buscarlos.

75
Los seres de luz

En este templo de luz, improvisado para dar seguridad y cobijo, los pocos supervivientes debatían con su lengua musical, confundiéndose con el aire, etéreos e indefinidos.

Alana voleó sus pétalos multicolores de margarita y dijo:

—¿Y tiene sentido un constructor de destrucción?

—No, Alana, debemos hacerles comprender a los No Seres que si consiguen Nada la esencia de su existencia desaparecería — respondió Zasquer moviendo la corona de sus filamentos.

—Un sin sentido completo es que en la Nada se construya un destructor para acabar con el Algo. Pues por consiguiente debería acabar consigo misma —respondieron con energía las lenguas de fuego de Estelia y entornó sus ojos.

—Eso haremos, si nuestro Algo no tiene sentido su Nada,

menos. Se autoaniquilarán.

—No creo que sea una buena idea =disculpa Estelia=. Nada y Algo se necesitan. En este universo creció la luz, la luz nos permite ver que hay cosas que no se ven. Mira este lugar, solo la luz que portamos nos hace ver nuestro espejismo, a todas estas flores y preciosos animalitos aquí a nuestro alrededor, pero no estamos en Nada: es materia, es energia y es oscura. Los No Seres la necesitan para existir, y necesitan de la luz para destruir. ¿Qué van a destruir aquí? ¿Nuestra imaginación? No pueden —respondió Peroínedes y de todo el caparazón emano agua.

—¿Entonces, Peroinedes, qué propones? —El blanco hielo de Cuasger se deslizó.

—Una idea intuyes, no creo que sea tuya. El universo te la regala, dínosla.

Alana sonrió.

—A mí no, a ella, la he visto en su conciencia. ¿Verdad, pequeña Gisellla?

Las moteadas alas de Gisellla se pusieron naranjas y una violeta espiral se marcó en su alargado cuerpo. Peroinides continuó:

—Tenemos espacio, mucho, y tiempo, todo el que queramos. Explícales Gisellla.

Gisellla voló y se situó a una altura media en el centro de todos:

—Este será nuestro cobijo para siempre —y una peluda criatura apareció.

—¿Este, Gisellla? ¿Con todos estos bellos animales alrededor y escoges éste? —se quejó Pallererti elevando sus traslúcidas ramas.

—Es especial, lo intuyo. Tenemos espacio y él habita en una muy alejada galaxia, en uno de sus extremos, en un sistema solar vulgar, pero en un planeta que lo es poco. Es una explosión de vida.

—No es suficiente... ¿LU vendrá? —Pallererti no bajó sus ramas.

Gisellla contuvo su espiral. A pesar de ser la más joven tenía el control emocional tan desarrollado como todos. Su especie de luz era muy intuitiva.

—Sí que vendrá, ella no necesita cobijo pero os digo que vendrá— y Cuasger extendió su hielo y de él saltó un delfín tan luminoso que nos cegó a todos para después volver a sumergirse en el hielo.

Peroinides le insistió.

—Dinos más, Gisellla, seguro que Pallererti se complacerá en oírlo.

—Ya es una criatura tribal —nos abrazaremos a sus genes, compartiremos sus células. Nadie, nos encontrará ahí por milenios y los constructores de destrucción son lentos. Alana se acercó más a la criatura con curiosidad.

—Tal vez, tal vez, presiento que le gusta la arquitectura matemática del universo.¡Pero esta criaturita, aunque tosca, también tiene derecho a persistir!

—Y persistirá, Alana, solo necesitamos a siete.

—Gisellla, ¿Me permites continuar? —solicitó Peroinides —creo que estoy viendo lo mismo que tú, este ser con nuestra luz dentro de él, se sabrá vivo y buscará la felicidad, sabrá que muere y sentirá miedo, será no solo cuerpo sino también mente y buscará sentido.

—Así es, Peroinides— continuó Gisellla —, tardará pero se dará cuenta de que solo hay una fórmula: La del Amor.

Así fue, lo sé porque yo era aquella criatura peluda. Pallererti se ocupó de doblegar nuestra férrea biología y casi nos deja sin pelo, Alana nos dio la belleza de la imaginación, Cuasger la voluntad de ser libres, Peroinides el gusto por el saber, Zasquer nos impregnó de la armonía de la música, Estelia el equilibrio de la consciencia, LU si que vino se alojó en los delfines para mostrarnos lo trascendente y la pequeña Gisellla nos inundó con infinito amor.

Ocurrió mucho tiempo antes de que leáis esto. Y mucho tiempo después de que leáis esto los encontramos en los genes de nuestras células. Nos hicimos constructores de Luz y les devolvimos su querido universo. El amor le daba sentido.



76
El segundo día

LA DESOLACIÓN y la incertidumbre que sintieron fue tan grande que solo podía igualarse a la alegría que experimentaron al constatar que, en dirección este, mucho más allá de la noche de los tiempos, se encontraba el astro Sol.